EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO

drama en tres actos, original y en verso

POR

DON ANTONIO HURTADO

TERCERA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO

ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO

drama en tres actos, original y en verso

POR

DON ANTONIO HURTADO

Primera obra estrenada en el TEATRO DE APOLO, y extraordinariamente aplaudida la noche del 2 de Diciembre de 1873.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL
—
1895

PERSONJES		ACTORES
LUISA, 30 años.................	DOÑA	MATILDE DÍEZ.
ANGELINA, hija, 10 ídem........	SRTA.	VARELA.
MALDONADO, coronel, 34 ídem..	SR.	CATALINA (D. M.)
DON FÉLIX, abogado, 34 ídem...	»	VICO.
DON PEDRO, general, 60 ídem...	»	CEPILLO.
ROQUE, asistente, 50 ídem.......	»	FERNÁRDEZ (D. M.)

La escena pasa en Talavera: 1818.

AL EXCMO. SEÑOR

D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

EXMINISTRO DE ULTRAMAR

Permite que, al frente de esta obra que te dedico, vaya tu nombre, dos veces esclarecido: como poeta y como hombre de Estado.

Si el primero merece los aplausos del que como yo te admira, el segundo merece los respetos de los que como yo rinden tributo á la varonil entereza con que has sabido defender la integridad del territorio patrio.

Sobre esas cualidades que te enaltecen, hay algo más que me obliga á poner mi obra al amparo de tu nombre. Ese «algo» es el cariño inalterable de tu siempre amigo,

Antonio.

ACTO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado al gusto de la época, con puertas á derecha, izquierda y fondo. Al abrirse la escena, Angelina aparece huyendo de Roque, y dan vueltas á un velador hasta que Roque la pilla.

ESCENA PRIMERA

ANGELINA y ROQUE

ROQUE. ¡Alto, señora Angelina!
ANG. ¡Cógeme, ven, mala maña!
ROQUE. Hoy hay cepo de campaña
por falta de disciplina.
ANG. ¿Yo al cepo, Roque? (Riendo.)
ROQUE. (Siguiéndola.) Cabal,
al cepo; verás qué lindo.
¿No te rindes?
ANG. No me rindo;
anda. (Dan vueltas.)
ROQUE. (Cogiéndola.) ¡Te pillé!
ANG. ¡Ay! (Dando un grito con alegría infantil.)
ROQUE. (Con triunfo.) ¿Qué tal?
ANG. ¡Suéltame!
ROQUE. ¡A ver!... ¿quién te escuda?
ANG. ¡Suéltame, Roquito!
ROQUE. Nada;
hoy será usted castigada

por huraña y testaruda.

ANG. ¡Pues me enfadaré! (Con enojo.)

ROQUE. ¿Sí?

ANG. (Con energía.) Sí.

ROQUE. Si usas de tal privilegio,
ya que voy por tí al colegio,
no iré esta tarde por tí.

ANG. (Vivamente con cariño.)
¡Ah! no, no; ya me someto,
yo haré todo lo que deba.

ROQUE. Pues cuádrese usted, en prueba
de obediencia y de respeto.

ANG. (Lo hace.) ¿Estoy así bien?

ROQUE. Cabal.
Ahora, la mano al escudo,
y aprenda á hacer el saludo
á un caballero oficial.
En cuatro tiempos.

ANG. Ya sé.
Uno...
(Levanta el brazo, tendido á la altura del hombro.)

ROQUE. ¡Bravo! exactamente.

ANG. Dos... (Lleva la mano á la frente.)

ROQUE. ¡Jajá!.... Mano á la frente,
y ésta inclinada hacia el pie.

ANG. Tres... (Vuelve á tender el brazo.)

ROQUE. Se larga una bolacha.

ANG. Y cuatro... (Deja caer la mano.)

ROQUE. Mano al bombacho.
Está bien; ¡bravo, muchacho!
quiero decir, ¡bien, muchacha!
Te juro, por Belcebú,
que en los años que he servido,
nunca un recluta he tenido
de mejor *pesquis* que tú.
Te relevo del servicio
por hoy; vamos, ¿qué vacilas?

ANG. ¿Se acabó?

ROQUE. (Con tono de instructor.)
Sí; ¡rompan filas!...

ANG. (Riendo y palmoteando.)
¡Bravo!... acabé el ejercicio.

ESCENA II

DICHOS; LUISA, por una puerta, y DON PEDRO, en traje de salir, por otra.

PEDRO. (Mirando á Roque, que se cuadra.)
¡El ejercicio!...
ANG. (Corriendo á Luisa.) ¡Ah! ¡mamaíta!...
¿Me dejas que te dé un beso?
LUISA. ¿Uno solo? (Abrazándola y besándola.)
ANG. No, millones.
LUISA. ¿Qué ha ocurrido en el colegio
que has tardado tanto?
ANG. Nada;
¡si estoy en casa hace tiempo!
LUISA. ¿De veras?
ANG. Pero este Roque,
que es tan gruñón como viejo,
me ha retenido en castigo
de no sé qué falta...
PEDRO Entiendo;
te habrá echado la ordenanza
encima; ¡si es lo más necio!
¿Qué te ha enseñado?
ROQUE. (Riendo.) A ser fina;
el saludo en cuatro tiempos.
PEDRO. ¡Como á un quinto!
LUISA. (Con cariño.) ¿Y por qué causa
ese castigo te ha impuesto?
ROQUE. ¿Puedo hablar?
PEDRO. Habla, sepamos
la razón de tal suceso.
ROQUE. Pues bien, ya sabe vuescencia...
PEDRO. Déjate de tratamientos
y al grano.
ROQUE. Ya sabe usía
que hace tres días tenemos
como alojado en la casa
á un coronel de lanceros.
LUISA. (Vivamente.) Es verdad.
ROQUE. Un guapo mozo...

LUISA. Con quien está en descubierto
mi esposo, que aún no ha bajado
á hacerle el ofrecimiento
de la casa.

PEDRO. (Riendo.) Tu marido
es descuidado en extremo
en estas cosas.

LUISA. (Con disgusto.) ¡Oh! ¡mucho!...
¡Si usted viera lo que siento
estas faltas!...

PEDRO. (A Roque.) Pero sigue,
que te escuchamos atentos.

ROQUE. Es un mozo como un pino,
alto, delgado, derecho,
color claro, guapa *fila,*
buen mostacho y cabos negros.
Cuando por la vez primera
le guipé, sentí en el pecho
un no sé qué, un reconcomio
que me entrecogió el aliento.
Le digo á ustés que á su vista
se me pusieron los pelos
lo mismo que los de un gato
cuando lo sorprende un perro.

PEDRO. ¿Y por qué?

ROQUE. Porque es la efigie,
el retrato verdadero,
la mesma estampa, la copia
de aquel que lloramos muerto.

PEDRO. (Vivamente.) ¿De mi Juan?

LUISA. (Con interés y curiosidad.) ¿De mi marido?

ROQUE. De su marido primero,
sí señora, de Juanito,
de su Juan, que esté en el cielo. (A don Pedro.)

PEDRO. ¿Tanto parecido tiene?

ROQUE. Igual que un huevo á otro huevo.

LUISA. ¿Es joven pues?

ROQUE. ¿Que si es joven?
¡si debe ser de su tiempo!...

LUISA. ¡Qué casualidad! (Con asombro.)

PEDRO. (Suspirando.) Prosigue.

ROQUE. Pues prosigo con mi cuento.

Al entrar há poco en casa,
topó con los dos, y al vernos,
se detuvo ante la niña,
la estuvo mirando atento,
y acariciando sus rizos,
estampó en su frente un beso.
Yo por lo bajo la dije:
«saluda á ese cabayero,»
mas ella, sin atenderme,
el patio cruzó corriendo,
y subió las escaleras
con más presteza que el viento.

PEDRO. ¿Sin saludarle?

ROQUE. Cabales.

LUISA. ¿Sin darle gracias?

ROQUE. Ni un pelo.

PEDRO. Mal hecho. (Con gravedad.)

ANG. (Con rubor infantil.) Me dió vergüenza.

LUISA. ¿Vergüenza?

ANG. Vergüenza y miedo.
Me miró de una manera...

ROQUE. ¡Bah!... niña, no digas eso;
como te vió tan preciosa
se quedó mudo y suspenso.
Eso fué todo.

LUISA. (Con seriedad.) Hija mía,
eso ha estado muy mal hecho.

ANG. (Con rubor infantil.)
¡Bueno, ríñeme tú ahora!

LUISA. Es que reprenderte debo
cuando faltas. (Con gravedad cariñosa.)

ANG. (Llorando.) ¿Lo ves, Roque?
hablador, ya no te quiero. (Con enojo.)

ROQUE. (Cariñoso.) Vamos, niña, no te enfades,
pelos al mar.

ANG. Por supuesto;
¡después de haberme acusado
á mamá! Yo te prometo...

LUISA. (Con seriedad.) Vete á jugar y no jures,
que eso en las niñas es feo.

ANG. (Llorando.) Bueno, tú ya no me quieres,
lo diré á papá en viniendo. (Sale por el fondo.)

ESCENA III

LUISA, DON PEDRO, y ROQUE

ROQUE. ¡Carape!... ¡no puedo ver
que la riñan! voy de un salto...
PEDRO. (En voz de mando.)
Alto, señor Roque, alto,
(Roque se cuadra)
eso es echarla á perder;
tú, con tu marcial instinto,
das margen á tanta riña.
¿Crees que se educa á una niña
como se alecciona á un quinto?
ROQUE. No, señor; mas no está mal
que algo sepa del oficio,
la que pudo á mi juicio
ser nieta de un general.
PEDRO. Por desgracia de los dos (Señalando á Luisa.)
no es mi nieta.
ROQUE. Eso es muy cierto:
mas si Juan no hubiera muerto,
¿no lo fuera, voto á bríos?
¿No hubiera sido su padre
el que está comiendo tierra?
PEDRO. Basta, Roque, el labio cierra.
ROQUE. ¿Ofendo acaso á la madre?
LUISA. ¡Ah! no. (Se enjuga las lágrimas.)
PEDRO. Mas la hace llorar
recuerdo tan desdichado.
ROQUE. Pues si encuentra al alojado,
muy mal rato va á pasar.
PEDRO. ¿De veras? (Con curiosidad.)
ROQUE. Tiene el aquel
del que murió tan perfecto,
que á no haberle visto muerto,
hubiera dicho que es él.
Su mismo gesto, su voz,
su ademán grave y artivo;
digo á usted que es don Juan vivo,
porque el símil es atroz.

¿Se acuerda usted que en la sien
un lunar pardo tenía?...
Pues, carape, sepa usía
que tiene el lunar también.

LUISA. ¡Ay, Roque, me haces temblar!...

PEDRO. Vaya, Roque, ¿estás soñando?

ROQUE. Ayer lo estuve mirando
en la Cruz del olivar.

PEDRO. ¿En mi quinta? (Sorprendído.)

ROQUE. Ayer mañana
cogiendo flores le ví:
todos los días va allí
después que tocan diana.

LUISA. ¿Y le hablaste?

ROQUE. Por supuesto;
subió al alto del cortijo,
y mirando al campo, dijo:
¡Qué bonito es todo esto!
¡qué bien se respira aquí!

PEDRO. ¿Eso dijo? (Pensativo.)

ROQUE. ¿Soy yo lerdo?
y añadió: ¡Más de un recuerdo
tiene aquesto para mí!

LUISA. (Con suma curiosidad.)
¿Eso más?

ROQUE. Yo con un guiño
hecho al aire, pregunté:
¿Pues cuándo ha estado aquí usté?
y él respondió: «Cuando niño.»
«Mi padre fué militar,
y cuando á caza venía,
le acompañé más de un día
por ese campo á cazar.»

PEDRO. ¿Y qué más? (Con terror.)

ROQUE. No dió más luz,
se le arrasaron los ojos,
y á ponerse fué de hinojos
á la vera de la cruz.
Yo iba haciéndole pareja,
y yendo los dos andando,
vamos, lo fuí reparando
dende los pies á la ceja.

PEDRO. ¿Y tú le viste el lunar? (Conmovido.)
ROQUE. (Con calor.) ¿Soy ciego?
PEDRO. (Aparte.) (¡Cosa más rara!)
ROQUE. Con los ojos de esta cara
que la tierra han de tragar.
LUISA. Basta, vete con la niña.
PEDRO. (Ap.) (Sin duda es él.)
ROQUE. Allá voy:
cuando lejos de ella estoy,
soy como guarda sin viña.
(Sale y saluda militarmente.)

ESCENA IV

LUISA y DON PEDRO

LUISA. ¿Será cierto que ese hombre
tanto á Juan se le parezca?
PEDRO. (Ap.) (¿Por qué no lo habrá impedido
el ministro de la Guerra?)
(Alto.) ¡Eh! no por cierto, ese Roque
es así, siempre exagera;
en el cristal de sus ojos
todo crece, todo aumenta.
Le vió nacer, fué su guía,
su ayo, su amigo en la tierra,
le vió morir en el campo
bajo las lanzas francesas;
¿qué mucho que al ver á un joven
militar, lleno de fuerza,
en el vigor de una vida
deslumbradora y soberbia,
la imagen del que perdimos
se represente en su idea?
A veces, cuando á mis ojos
un hombre así se me muestra,
ébrio de salud, bizarro,
y tan galán como él era,
bajo llorando los ojos,
y en son del que sufre y reza,
murmuro: «¡Así, así sería

mi pobre Juan si viviera!»

LUISA. (Sollozando.) ¡Ay! ¡desdichado!

PEDRO. (Con profunda resignación.) ¡Rigores
de nuestra fortuna adversa!
Yo le ví morir un día
en esa campiña amena,
y su muerte conmemora
esa tosca cruz de piedra.

LUISA. ¡Ay! ¡dulcísima campiña!
¡La mejor de Talavera!
Allí nació mi ventura,
y allí por siempre está muerta.

PEDRO. Cierto, sí: allí están mezcladas
nuestras venturas y penas,
nuestras santas alegrías,
nuestras desdichas perpetuas.
¿Qué se ha de hacer? ¡Dios lo quiso!
No hay más que tener paciencia.

LUISA. ¡Harta, señor, necesito!

PEDRO. Ya lo veo, y me exaspera
ver que en desvíos te pagan
lo que todo en tí es fineza
y amor.

LUISA. (Llorando.) ¿Usted lo ha advertido?

PEDRO. ¿No he visto más de una escena?
¿No conozco que tu esposo
torcido el gesto presenta
á cada paso?

LUISA. (Llorando.) ¡Ay!

PEDRO. A veces
su grave actitud me ciega,
y estoy por romper por todo,
y estoy por pedirle cuentas.
¿Qué causa tiene su enojo?
¿Qué le ocurre? ¿Qué sospecha?
¿Es falta de amor? ¿Son celos
acaso los que le alteran?

LUISA. ¡Qué sé yo! Más de tres meses
hace ya que su faz seria
denuncia á mi amor de esposa
que mi amor no le contenta.
¿Por qué? no sé. A nadie veo,

nadie en esta casa entra;
el hogar es templo y calle
para mí: nada recrea
el hastío de una vida
que á serme pesada empieza,
sino el amor de esa hija
que de mi amor le dí en prenda,
y que por ser prenda suya
la amo más, porque es su esencia.

PEDRO. No lo entiendo.

LUISA. Yo tampoco,
mas quiero que se esclarezca:
que su silencio me ofende,
y ya me cansa su ofensa:
sin duda de mí...

PEDRO. ¡Oh! ¡imposible!

LUISA. Sin duda, ¿por qué no prueba?

PEDRO. ¿Tendrá otro amor?

LUISA. (Con dignidad.) No lo creo,
no cabe en él tanta mengua.
Es honrado, es caballero:
siempre que sale, revela
dónde va: nunca sus actos
van envueltos en tinieblas.

PEDRO. Digo que no lo comprendo.

LUISA. ¿Quién habrá que lo comprenda?
Hay en su extraña conducta
una causa tan secreta,
que es locura perseguirla,
y adivinarla es quimera.

PEDRO. Oye. Aunque á mí se me alcanza
muy poco en estas materias,
te diré lo que me ocurre,
y me ocurre este dilema.
Todo amor produce celos,
los celos producen guerra,
y cuando en un matrimonio
anda la paz por las tejas,
es que hay celos de por medio,
bien con razón, bien sin ella.
Que hay celos aquí, está claro;
porque si celos no hubiera,

la dulce paz de otros días
siguiera mansa y serena,
como sigue quieto un lago
cuando ni el aire lo quiebra.
Que tú no le das motivo,
eso se alcanza á cualquiera;
que él no falta, tú lo has dicho,
y doy tu razón por buena.
Que el disgusto le consume,
lo ve un ciego; luego es fuerza
buscar la causa aquí dentro,
no estando la causa fuera.

LUISA. Siga usted, que atenta escucho. (Pensativa.)

PEDRO. Pues sígueme oyendo atenta.
Roque no es hombre que inspire
dentro de casa sospecha,
¿no es verdad?

LUISA. (Sonriendo.) ¡Quiá! ¡Pobre Roque!

PEDRO. Luego si hay aquí quien pueda
causar enojos y celos,
soy yo.

LUISA. (Con asombro.) Padre, ¿usted?

PEDRO. Espera.
Padre soy de aquel tu esposo
que Dios llamó á su presencia:
testigo fuí de su dicha
tres meses ó cuatro apenas;
víneme á vivir contigo
antes de acabar la guerra,
y al formar tú nuevos lazos,
tu esposo, dando una prueba
de gran corazón, no quiso
que de tu lado me fuera.

LUISA. Y eso, ¿qué arguye?

PEDRO. Que á Félix
hoy aquel rasgo le pesa.

LUISA. ¡Oh!... ¡Señor, usted le ofende!

PEDRO. Algo mi cariño resta
al suyo: acaso le estorbo,
ó tiene reminiscencias
de otra edad; también los celos
del pasado se alimentan.

¿Quién sabe si su recuerdo
hoy su mal humor engendra?

LUISA. (Pensativa.) ¿Será posible?

PEDRO. ¿Posible?
¡Tiene pliegues la conciencia
tan escondidos!... Mas, calla,
déjame con él, que él llega,
y sondar quiero ese abismo
en que sus celos fermentan.

LUISA. (Asombrada.) Dios mío, ¿será eso cierto?

PEDRO. Vete.

LUISA. (Aparte saliendo.) (Me espanta esa idea.)

ESCENA V

DON PEDRO

¡Qué impenetrables secretos
el alma del hombre encierra!
¡Los celos de lo pasado!
¡Qué enfermedad más funesta!
¡Debe ser fiera, implacable,
irresistible, tremenda!
¡Quién podrá curarla? Nadie;
la muerte que no recuerda.

ESCENA VI

DON PEDRO y DON FÉLIX

FELIX. ¡Felices, mi general! (Expansivo.)

PEDRO. (En igual tono.) ¡Hola, señor abogado!
Parece que has madrugado;
¿hay mucho que hacer?

FELIX. Tal cual.

PEDRO. ¿Vienes del juzgado?

FELIX. Pues.

PEDRO. ¿Hay pleitos?

FELIX. Mucho embolismo.

PEDRO. Siempre sucede lo mismo
tras una guerra.

FELIX. Así es.
Tras de los lances sangrientos
que de horror cubren la tierra,
viene luego esta otra guerra
de escritos y pedimentos.
Guerra terrible y cruel
cuyo estrago á nada iguala,
que á veces, más que una bala,
mata un pliego de papel.
La herencia, la partición,
la prioridad á una suerte:
¡el derecho! esa otra muerte
que mata sin compasión.
Todo en confuso tropel
á nueva lid se abalanza;
¿más quién en tal lid alcanza
ni una rama de laurel?

PEDRO. El que no imite á Procusto
y no falle por cohecho.

FELIX. ¡Ah! que no siempre el derecho
es la expresión de lo justo.
Hoy me ofrece la experiencia
una prueba á este aforismo;
¡media á veces tal abismo (Estremeciéndose.)
de la ley á la conciencia!

PEDRO. ¿Qué es ello?

FELIX. (Estremeciéndose.) Un caso que espanta
y que asusta analizarlo. (Con repugnancia.)
¡Qué horror!... ni aun quiero contarlo;
se me anuda la garganta.
¿Va usted fuera? (Variando de tono.)

PEDRO. No.

FELIX. Creí...

PEDRO. Voy á ver á Maldonado,
al coronel que alojado
tenemos en casa.

FELIX. (Con fría vaguedad.) ¡Ah, sí!

PEDRO. Dice Roque, ¡cosa rara!
que es tan exacto á mi Juan,
que ardo en vivísimo afán
de mirarle cara á cara.

FELIX. ¡Ya!...

PEDRO. ¿No debo conocer
á un hombre así?
FELIX. (Concentrado.) Sí, es verdad.
(Aparte, pensativo.)
(La misma curiosidad
puede tener mi mujer.)
PEDRO. ¿No has bajado á verle?
FELIX. (Con indiferencia.) ¡Yo!
¿Para qué?
PEDRO. Yo presumía
que un deber de cortesía
te obligaba á hacerlo.
FELIX. (Con frialdad.) ¡Oh, no!
¡Es tan agreste mi masa
y es mi genio tan adusto!
Usted puede hacer su gusto
y hasta ofrecerle la casa.
PEDRO. ¡Oh, jamás!... En tal supuesto,
renuncio á verle.
FELIX. (Con vaguedad.) ¿Por qué?
PEDRO. Porque al ir, le obligaré
á serte al cabo molesto.
Y no quiero, ni es razón
que, tras una y otra excusa,
conozca al fin que rehusa
tratar con él su patrón.
FELIX. (Vivamente.)
¡Oh!... no lo digo por tal,
no, señor; siga en su empeño.
¿No ha sido usted siempre dueño
de esta casa, general?...
PEDRO. Gracias, mas sé lo que hacer;
no le veré, que no es justo
á tí ofrecerte un disgusto
y otro luego á tu mujer.
FELIX. ¿Ella un disgusto? (Con extrañeza.)
PEDRO. Y pesado.
FELIX. ¿Por qué? (Con recelo.)
PEDRO. Dalo por tenido:
¡si es de su primer marido
el retrato Maldonado!...
FELIX. ¡Ah! sí. (Dominando su disgusto.)

PEDRO. ¡Ya ves!
FELIX. (Sombrío.) Es verdad,
¿á qué turbar su sosiego?
PEDRO. ¡Claro! ¡Adiós!
(Aparte, saliendo.) (No he sido ciego.)
FELIX. ¡Abur!
PEDRO. (Aparte, saliendo.) (Dí en la enfermedad.)

ESCENA VII

DON FÉLIX

(Después de un momento.)
¡Casualidad más extraña!
¿Quién á ese hombre ha traído
por aquí? Ya le aborrezco
cual si fuera mi enemigo.
¡Quiere verle!... Lo comprendo;
si se parece á su chico,
¡es natural!... ¡Pero ella!...
ella también, con ahinco,
¡querrá conocerle! ¡es claro!
¡retrato de aquel marido
que logró su amor primero!
¡Amor que acaso está vivo
en su corazón!... ¡Oh! ¡infierno,
quisiera arrancarme el mío!
(Pausa con ira concentrada.)
¡Estos padres y estos viejos
pierden el tacto exquisito
con la edad!... ¡Oh!... ¿qué apostamos
á que mi esposa ha sabido
por don Pedro, que ese hombre
es la imagen de su hijo?
¿Qué apostamos á que en ella
ha brotado de improviso
el afan de conocerle,
de compararle? ¡de fijo! (Con desdén.)
¿Y estos viejos, estos padres,
no saben que con un dicho
se despierta en las mujeres

el recuerdo mal dormido
de otra edad, de otros amores,
de otros goces infinitos,
por ser pasados, supremos,
vehementes por ser perdidos?
¿No se habrán nunca asomado
á los bordes de ese abismo
á que se asoman á veces
las almas de los maridos?
¿No habrán sorprendido nunca
en la mujer los vestigios
de otro amor que se revela
en mal ahogados suspiros,
en frases entrecortadas
ó en relámpagos sombríos,
de mal humor? ¡Insensatos!
¿Pues cómo, si tal han visto,
soplan un foco de lumbre
con la imprudencia de niños?
(Con calor.) Ni amó nunca, ni amar sabe
quien esto entrega al olvido.

ESCENA VIII

DON FÉLIX; ANGELINA, como hablando con Roque.

ANG. Vete, que aquí está papá.
FELIX. (Cambiando de tono.)
¡Oh! ¡mi amor! ¿de dónde vienes?
ANG. Del jardín.
(Reparándole.) ¡Qué cara tienes!
¿Has reñido con mamá?
FELIX. ¿Yo? ¡no!... ¡Jesús! (Sorprendido.)
ANG. (Con calor infantil.) Sin misterio.
FELIX. No, niña, ¡en curiosa das!
ANG. (Sonriendo.) Es que como siempre estás
con ella en casa tan serio,
he pensado al verte así
tan espetado y adusto,
que acaso un nuevo disgusto
ha ocurrido por aquí.

FELIX. ¡Calla! ¡angelito de Dios!
¿Con que eso ya te se alcanza?
ANG. ¿Pues no? Muy mal va la danza
cuando estáis serios los dos.
FELIX. ¿De quién aprendes tú eso?
ANG. ¡De quién ha de ser! De mí.
(Con tristeza.) Cuando estáis los dos así,
¿me dáis ni siquiera un beso?
FELIX. (Avergonzado la besa.)
(Ap.) (¡Oh!... ¡mi bien! Tiene razón.
¿Quién esta falta redime?)
ANG. ¡Si vieras tú cuál se oprime
entonces mi corazón!
FELIX. ¿De veras? ¿Pena te da? (Con sumo cariño.)
ANG. ¿Pues no quieres que me aflija?
¿No llora siempre una hija
cuando llora su mamá?...
FELIX. (Aparte.) (Cierto
¡Dios mío! ¿qué escucho?)
¿Tanto la quieres?
ANG. La adoro.
FELIX. (Enternecido y con calor.)
Eso quiero yo, tesoro,
que la quieras mucho, mucho.
ANG. ¿De veras? Pues tras su huella
ahora á su cuarto me voy
á besarla.
(Con enojo pueril.) ¡Y eso que hoy
estoy de monos con ella!
FELIX. ¿Y por qué? (Sonriendo y acariciándola.)
ANG. Me ha regañado.
FELIX. ¡Ya! ¡si tú la has ofendido!...
ANG. ¡Oh! no; la culpa ha tenido
ese señor alojado.
FELIX. (Sorprendido y volviendo á su gravedad.)
¿Eh?... ¿qué?
ANG. En el patio me halló,
me dió un beso, y yo ligera
sin saludarle siquiera
me vine corriendo.
FELIX. (Sorprendido.) ¡Oh!
ANG. Roque, que tiene la maña

de contar todo á mamá,
vino y se lo dijo, y...

FELIX. (Celoso.) ¡Ya!

ANG. Y me riñó muy huraña.

FELIX. (Inquieto, aparte.)
(¡Claro! ¡Hoy la piedra de toque
es el señor alojado!)

ANG. Pero en fin, como ha pasado,
hice ya la paz con Roque.

FELIX. ¿Y está abajo? (Con desconfianza.)

ANG. No por cierto,
fué á ver á su prima Blasa,
que hoy tiene dentro de casa
dos maridos, Gil y el Tuerto.

FELIX. (Estremeciéndose.)
Sí; ya sé el caso: ¡qué horror!
¡qué horror!

ANG. (Con curiosidad.) ¿Por qué dices eso?

FELIX. (Desviando su mal pensamiento.)
No, por nada; dame un beso,
no hables más de ello, es mejor.

ANG. ¿Pues eso, qué más te da?

FELIX. (Con impaciencia.)
Nada, no me pidas cuentas.

ANG. (Vivamente.)
¡Ay! ¡ay! Si te descontentas,
adiós, me voy con mamá.

FELIX. ¿Sin darme un beso? (Con seriedad.)

ANG. (Arrojándose en sus brazos.) Eso sí.
(Con enojo infantil.)
¡Por todo mueves querella! (Sale Luisa.)
¡Ah! ¡mi mamá!

FELIX. (Ap., volviendo á su gravedad.) (¡Cielos!... ¡Ella!)

ANG. ¡Qué á tiempo llegas aquí!

ESCENA IX

DICHOS; LUISA, á quien coge Angelina de la mano y la coloca junto á su papá.

ANG. Papá vuelve al mal humor,
de siempre.

FELIX. (Con cierta seriedad.) ¡Bah! ¡señorita!
ANG. Conténtale tú, mamita,
¿no le quieres con amor?
LUISA. (Con cariño.) ¡Oh! sí.
ANG. Y él á tí.
FELIX. Muy bien,
(Impaciente.) ¡calla!
LUISA. (Aparte enternecida.)
(¡Qué dulces acentos!...)
ANG. ¡Es que cuando estáis contentos,
yo estoy contenta también!
FELIX. (Impaciente.) Vamos, bien, anda á jugar,
que esto es impropio de niñas.
ANG. Bien, me voy; mas como riñas,
verás, me voy á enfadar.
(Sale por donde entró Luisa, que la besa.)

ESCENA X

DON FÉLIX y LUISA. Un momento de silencio. Luisa se sienta y llora en silencio.

FELIX. (Con seriedad.) ¿Qué hay en esto que te aflija?
LUISA. ¿No he de afligirme, Dios mío,
cuando ya de tu desvío
hasta se extraña tu hija?
¿Tú no ves que está en la edad
en que ya lo entiende todo?...
¡Ah! Félix, no, ya no hay modo
de ocultarla la verdad.
En su corazón de niña,
cualquiera cosa hace mella;
siempre en tu faz ve la huella
ó el preludio de una riña.
Y acaso no tardará
en preguntarse asustada:
«Cuando así papá se enfada,
¿es que es mala mi mamá?»
(Se levanta con dignidad.)
Pues la inocencia me escuda,
no acepto yo tal suplicio;

no quiero que en su juicio
llegue á encarnar esa duda.

FELIX. ¿Dudo yo acaso de tí?

LUISA. ¡Que no dudas y me matas! (Desconsolada.)
¿Entonces, por qué me tratas
por qué me tratas así?
Si no me tienes amor,
dímelo y tendré paciencia;
mas no cargues tu conciencia
con sospechas de mi honor.

FELIX. ¡Odiarte, odiarte! ¡No quiero
dejarte esa duda impía!
¡Odiarte! ¡yo que daría
por tu amor el mundo entero!

LUISA. Extraño y fatal amor,
que me arranca eterno llanto.

FELIX. Acaso el amarte tanto
es causa de tu dolor.

LUISA. Amor que, en lucha conmigo,
duelos eternos mantiene,
más que de amor, visos tiene
de insoportable castigo.
¡Oh!... no me quieras así;
ó si quieres que en tí crea,
háblame claro, haz que vea
ese amor que alienta en tí.

FELIX. No lo vas á comprender. (Concentrado.)

LUISA. ¿Por qué?

FELIX. ¡Si es tan exclusivo!...

LUISA. ¿Exclusivo? Así concibo
que el amor deba de ser.

FELIX. (Animado.) ¿De veras?

LUISA. (Con calor.) ¡Si eso es pasión!

FELIX. ¡Quiá! ¡pasión! algo más grave;
(Con pena y calor creciente.)
un afecto que no cabe
ni aun dentro del corazón.
Afecto desesperado,
tempestuoso, absorbente,
que abarca el tiempo presente,
y abarca el tiempo pasado.
Amor cuya intensidad

es la vida de la vida.
¿Quién puede darle medida?...
¿Quién mide la inmensidad?

LUISA. (Con gozo.) Háblame así, que me embargue
tu voz, de entusiasmo llena.
Eso es amor.

FELIX. (Con amargura.) Eso es pena;
eso más que amor es carga.
Yo conozco que voraz
me consume y me devora;
con él no hay día, no hay hora
que viva conmigo en paz.
Ante su impulso violento
le rindo el alma en despojos;
con él me asomo á tus ojos
y me entro en tu pensamiento.
Y cuando penetro en tí
y á solas con él me veo,
siempre juzgo, siempre creo
que jamás piensas en mí.

LUISA. ¿En quién, pues? (Con espanto.)

FELIX. No tiene nombre.

LUISA. ¡Oh, calla!

FELIX. ¡Aún vive despierto
su amor en tí!...

LUISA. (Con respeto religioso.) Calla: ha muerto.

FELIX. (Con desesperación.)
¡Ha muerto! ¿Mas no fué hombre?
¿No te amó con frenesí?
¿No te adoró con vehemencia?
¿No fué su esencia tu esencia?
¿No fué tu marido?

LUISA. (Espantada.) Sí.

FELIX. Entonces, ¿cómo no mides
el abismo en que me pierdo?
No vive en tí su recuerdo,
que te dice *¡no me olvides!*
Y ante ese recuerdo fiel
que á lo pasado te llama,
de tí el amor ¿no reclama
que siempre pienses en él?
(Estremeciéndose de celos.)

¿Y no te finge ese amor
con arrebatado exceso,
ya la caricia, ya el beso,
ya el halago embriagador?
¿No concibes la tortura
que esto me fuerza á pasar?

LUISA. (Con espanto.) ¡Oh! calla, que eso es estar
al borde de la locura.

FELIX. ¡Locura! tienes razón, (Sombrío.)
con ella ofendo á los cielos.

LUISA. ¿Qué mujer inspira celos
cuando reza una oración?
(Con calorosa dignidad.)
¿Quién sueña tales agravios
ante unos yertos despojos,
bien porque lloren los ojos,
bien porque recen los labios?
Cuando una tumba se cierra,
¿qué recuerdo la profana?
Nunca la pasión humana
va más allá de la tierra.
Que en ese recinto obscuro
que el alma ve con espanto,
sólo cabe lo que es santo,
sólo cabe lo que es puro.

FELIX. ¡Ah! sí. ¡Tal debiera ser!
¡Gozosa el alma te escucha!

LUISA. ¡Pobre enfermo!... ¡lucha, lucha!
quien lucha llega á vencer.

FELIX. ¿Quieres ayudarme?

LUISA. (Gozosa.) En todo.
¿No sabes que por tí muero?

FELIX. Sí, lucharé; triunfar quiero;
pero revélame el modo.

LUISA. Si ese recuerdo cruel
es tu mortal enemigo, (Con pasión.)
habla siempre de él conmigo
hasta acostubrarte á él.

FELIX. ¡Ah! quisiera, mas no puedo.

LUISA. ¿Tanto el remedio te asombra?

FELIX. Mucho; dicen que su sombra
está cerca, y tengo miedo.

LUISA. ¿Qué quieres darme á entender?
FELIX. Que hay abajo un alojado,
que dicen que es un traslado
del que tortura mi sér.
LUISA. ¿Y eso te inspira temor?
Haz de confianza alarde.
FELIX. ¡Es el miedo tan cobarde!...
LUISA. ¡Es tan intenso mi amor!...
FELIX. (Sacudiendo su temor.)
¡Oh, sí! ¿Qué debo de hacer?
Ya la impaciencia me abrasa.
LUISA. Baja, ofrécele la casa
y convídale á comer.
FELIX. (Receloso.) ¿Me aseguras tu cariño?
LUISA. (Con orgullo) Pues qué, ¿no llevo tu nombre?
Félix, ten la fe del hombre,
no los recelos del niño.
FELIX. Dices bien: en loco doy
cuando al temor me abandono.
¿Me perdonas? (Cogiéndola la mano.)
LUISA. (Con pasión.) Te perdono.
FELIX. (Estrechándola las manos.)
¿Me amas?
LUISA. (Con ternura.) Mucho.
FELIX. (Respirando gozoso.) ¡Feliz soy!
(Sale por el fondo.)

ESCENA XI

LUISA

¿Qué afecto es ese, Dios santo, (Con terror.)
que lleva al dolor derecho?
¡Oh! ¿quién se asoma á ese pecho
y no se muere de espanto?
¡Alma buena condenada
siempre á un recelo sombrío!
¡Oh! ¿no es más grato el vacío,
que es la nada de la nada?

ESCENA XII

LUISA; DON PEDRO, por el fondo.

PEDRO. ¡Bravo!... Vengo muy contento.
LUISA. ¿Sí? ¿Por qué?
PEDRO. A Félix he hallado,
que va á ver á Maldonado
en este mismo momento.
LUISA. Sí: va á invitarlo á comer.
PEDRO. (Sorprendido.)
¿A comer?... ¡Oh, me resisto
á creerlo!
LUISA. (Acercándose, y en voz baja.)
¿Usted ha visto
á ese hombre?
PEDRO. ¿Qué he de ver?
Mostróme tales recelos
Félix hace poco aquí,
que, de verlo, desistí
por no despertar sus celos.
Pues lo que turba su calma
es esa dolencia grave.
LUISA. ¡Ay, señor, que usted no sabe
lo que pasa por su alma!
¡Es un espanto, un horror!
PEDRO. ¿Se ha explicado al fin y al cabo?
LUISA. Sí, señor; y vive esclavo
del recuerdo de mi amor
por Juan.
PEDRO. (Sorprendido.) ¡Por Juan! ¿Y su tedio
es hijo de eso?
LUISA. Sí tal.
PEDRO Asombrado.)
¿Celos de un muerto? Ese mal,
hija mía, no tiene remedio.
LUISA. ¡Oh, señor, tal lo concibo!
Y si llega á comprender
que el huésped no os puede hacer
la impresión de Juan...
PEDRO. (Interrumpiendo.) No hay vivo

que se pueda comparar
al que perdiste y perdí;
pero no temas de mí,
yo me sabré dominar.

ROQUE. (Fuera.) Pase usía.
LUISA. (Temblando.) ¡Cielos!
PEDRO. ¡Él!...
LUISA. (Yendo al encuentro de Roque, que entra.)
¿Y el señor?
ROQUE. Ha ido al despacho.
LUISA. ¡Dios! (Retrocediendo.)
ROQUE. (En la puerta, volviéndose.)
Entre sin empacho,
entre usía, coronel.

ESCENA XIII

DICHOS y MALDONADO

Al verle Luisa y don Pedro, comprimen un grito.

LUISA. ¡Jesús!
PEDRO. (Aparte.) (¡Mi Juan!)
MALD. (Inclinándose.) ¡Señora!...
LUISA. ¡Si es su retrato!... (Desfallecida.)
ROQUE. (Ap.) (Ya hemos hallado todos
tres pies al gato. (Reparando el efecto.)
¿No lo decía?
¿Ven ustés? ¿No es su propia
fisolomía?
Vamos á ver, ¿no es esta
su misma cara?
¿No es su misma estatura?
¡Cosa más rara!...
¿No se asemeja?
¿Y el lunar? ¿No lo tiene
junto á la ceja?)
PEDRO. (Mirándole espantado.)
¡Calla, Roque!
MALD. (Por Roque.) Este hombre
ya ayer me dijo
que usted llora un esposo (A Luisa.)
(Procura dominarse.)

y usted un hijo. (A don Pedro.)
Siento el quebranto,
y aun más si le parezco.

LUISA. ¡Sí, tanto! (Vivamente.)

PEDRO. (Sollozando.) ¡Tanto!...
(Enjugándose los ojos.)
Tiene usted su apostura,
su faz, su acento;
me ha despertado al verle
tal sentimiento,
¡ay! que, sin calma,
he estado por gritarle:
«¡hijo del alma!»
(Momento de pausa.)

MALD. (Tendiéndole la mano.)
¡Cuánto siento!...

PEDRO. ¡Mil gracias!
(Estrechándosela con vigor.)
¡Venga esa mano:
(Se estremece al tocarla.)
sostén fuera hoy la suya
del triste anciano,
que ya en la tierra
vive de sus recuerdos!
¡Maldita guerra!...

MALD. ¿Murió en ella?...

FELIX. ¡Y con honra!
Nuevo Pelayo
se alzó conmigo al eco
del dos de Mayo.
Por sus furores
dejó desierto el lecho
de sus amores.
(Luisa llora sin poder reprimirse.)

MALD. Ya sé donde.

ROQUE. En el sitio
que ayer le dije.

MALD. (A Roque.)
Calle usted, que esa dama
llora y se aflige.

LUISA. ¡Oh, cruz sagrada!...
allí supe yo un día

que era adorada.
(Maldonado se enjuga los ojos.)
¿Llora usted?
MALD. Sí, señora;
también me pierdo
en un mar de ilusiones
á ese recuerdo.
También un día
dije allí á la que amaba,
«tú serás mía.»
LUISA. (Aparte con terror.)
¿Eh? ¡sus mismas palabras!
¡Cielos! ¿Qué es esto?
PEDRO. ¡Sitio de horror y espanto!
ROQUE. ¡Sitio funesto!
PEDRO. ¡Oh! ¡Roque! ¡Calla!
ROQUE. ¡Bien recuerdo yo el día
de la batalla!
(Sigue Maldonado con ansiedad al calor de la narración.)
Tronaban los cañones
sobre las lomas;
los franceses caían
como palomas.
¡Qué cintarazos!
¡Qué bien en ese día
moví los brazos!
Era mi espada rayo,
rayo y centella:
los contrarios huían
delante de ella:
con ira y saña
gritábamos lidiando...
MALD. Sí. «¡Viva España!»
PEDRO. (Volviéndose á él.) ¡Cómo!
LUISA. (Vivamente.) ¿Usted?
MALD. (Conteniéndose.) Me figuro
que así sería.
ROQUE. Era aquello un infierno;
¡qué algarabía!
Mas de repente
cayó Juan arrollado

3

por tanta gente.
Salté de mi caballo
frente al cortijo:
le hallé.

MALD. ¿Muerto?

ROQUE. ¡Aún vivía!

MALD. ¡Pobre! ¿Y qué dijo?

ROQUE. ¡Oh!... voto á un lladre,
me dijo moribundo...

MALD. «Salva á mi padre.»
¿No es verdad?

ROQUE. (Con sorpresa.) Eso dijo:
¿Mas cómo?...

MALD. ¡Calla!
(Sonriendo tristemente.)
¡También se sale vivo
de una batalla!

PEDRO. (Vivamente.) ¡Hijo!
(Tendiéndole los brazos.)

ROQUE. (Dudoso, dando un paso hacia él.)
¡Juan!

LUISA. (Con dolor y espanto.)
¡Ah! ¿No ha muerto?
(Al ir á abrazarle retrocede.)

ROQUE. ¡Jesús! ¡el amo llega!...
¡Ni á ver acierto!
(Todos permanecen inmóviles á la aparición de don Félix, procurando dominar los afectos encontrados que entraña la situación.)

ESCENA XIV

DICHOS y DON FÉLIX

FELIX. (Con expansión.)
¿Aún de pié?... Roque, pronto,
sillas.

ROQUE. (Aparte.) (¡Qué lío!)

FELIX. (A Luisa, que vacila.)
¿Qué es esto? ¿Estás temblando?

LUISA. (Procurando dominarse.)

No sé...

FELIX. (Yendo á ella presuroso.)

¡Dios mío!...

LUISA. (Desvaneciéndose.)

¡No se qué siento!
¡la vista se me borra!

MALD. Pronto, un asiento. (A Roque.)

PEDRO. ¡Aire! ¡agua! (Vivamente.)

MALD. (A don Félix con calor.)

¿Qué tiene?

FELIX. ¡No sé!... (Sombrío.)

PEDRO. ¡Vahídos!...

ROQUE. (Ap.) (¿Quién resiste la vista
de dos maridos!)

MALD. (Ap.) ¡Padre!

PEDRO. (Aparte á Maldonado, que revela gran ansiedad.)

Juan, calma.

FELIX. (Mirando á unos y otros receloso.)

(Ap.) (¡El hielo de la muerte
siento en el alma!)

(Cuadro en que todos estarán agrupados en torno de Luisa, á quien don Félix reclina en un sofá. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DON FÉLIX

Al abrirse la escena, don Félix sentado junto á una mesa, procura fijar su atención en un libro que lee, y del cual aparta los ojos sin darse cuenta, absorbido en otros pensamientos. Al cabo deja el libro y se levanta.

¡Bah!... No entiendo lo que leo:
¿quién puede estudiar en calma
cuando toma inquieta el alma
las sospechas por recreo?
¿Qué pertinaz clamoreo
es este que siento en mí?
¿Qué voz es esta que así
muda me grita sin tasa:
«Félix, mira lo que pasa;
observa cerca de tí?» (Concentrado.)
Yo su indicación expresa
seguí de la letra al pie;
bajé á verle; le invité
á honrar mi casa y mi mesa:
él aceptó sin sorpresa,
mis excusas admitió;

subí, tras de mí subió,
entró aquí sólo á mi instancia;
mas al pisar esta estancia,
¿qué fué lo que aquí pasó?
Pálido hallé al general,
su mirada era indecisa:
pálida estaba Luisa,
más que pálida, mortal.
Luego la impresión fué tal
y el trance tan doloroso,
que interrumpido el reposo,
cada cual para sí dijo:
«¡Dios! ¡La sombra de mi hijo!»
«¡Dios! ¡La sombra de mi esposo!»
¿No es esto claro? Sin duda;
y harto la verdad me advierte
su sacudida de muerte
por lo repentina y ruda.
Estuvo en la mesa muda
después que volvió en su acuerdo;
mas yo, afectando estar cuerdo,
loco de dolor veía
que en su corazón ardía
la luz que enciende el recuerdo.
¡El recuerdo!... ¡ese fulgor
que lo pasado ilumina!
¿Qué alma humana no imagina
que el pasado es lo mejor?
¿Qué amor presente es amor
ante un recuerdo despierto?
Débil, inseguro, incierto,
el amor presente oscila
como la luz que vacila
en el sepulcro de un muerto.
Ante el claro resplandor
con que el pasado aparece,
todo brota y se engrandece
con nueva forma y color.
¡Oh! ¿Quién sabe si el amor,
inerte, yerto, pasivo,
resucita más activo
ante una humana apariencia,

y toma nueva existencia
en la existencia de un vivo?
¿Es posible que esto sea?
¡Oh, sí, me muero de espanto!...
¡Lo pasado puede tanto,
y tanto el alma recrea!...
¡Ah! ¡cómo pesa esta idea!
¿Por qué el temor en acecho
me sume en negro despecho?
¿Por qué me roba la calma?
¡Luisa! ¡vida de mi alma!
¿Qué es lo que pasa en tu pecho?
El retrato has visto ahí
del que aquí fué tu marido;
á su vista, ¿qué has sentido?
¿Qué sientes dentro de tí?
¿Amor? Sospecho que sí;
por fuerza sientes amor:
mujer eres de valor,
mas ¿quién en mujeres fía?
¡Ah! yo seré noche y día
centinela de mi honor.

ESCENA II

DON FÉLIX y ANGELINA

FELIX. ¡Oh! ¡mi Angelina! (Vivamente y con cariño.)
ANG. ¡Ajá... já!
Yo soy. (Con severidad infantil.)
FELIX. ¿Qué quieres, mi aurora?
ANG. Reñirte.
FELIX. (Con ternura.) ¿A mí?
ANG. (Con gravedad.) ¿Por qué llora
mi pobrecita mamá?
FELIX. ¿Llora? (Sorprendido.)
ANG. ¿Me dirás que no
cuando de su cuarto salgo?
Si llora, será por algo;
¿por qué llora?
FELIX. (Entre impaciente y sombrío.)
¡Qué sé yo!

ANG. (Con ironía.) Sí; tú nunca sabes nada.
¡Tienes un genio! ¡ya, ya!
¡Que no has reñido á mamá,
y ha estado aquí desmayada!

FELIX. ¡Oh!... te digo...

ANG. ¡Buena es esa!
¿No sé yo lo que me digo?
¿No he sido yo buen testigo
de tu silencio en la mesa?
¿No estabas más apretado
que un manojito de abrojos?
¡Pues, caramba, buenos ojos
que te echaba el alojado.

FELIX. ¡Qué! ¿tú observaste?...

ANG. Muy bien.
Sí, señor; yo le veía,
y á veces se enternecía
mirando á mamá también.

FELIX. ¡Qué! ¿la miraba? (Celoso.)

ANG. ¿Pues no?
¡Como estaba tan de frente!...
Vamos, eso, francamente,
no está bien, lo digo yo.
Tu genio no tiene nombre,
pues lo que dice mamá:
«¡Dios mío! ¿qué pensará,
qué creerá de mí ese hombre?»

FELIX. ¿Eso dice? (Sombrío.)

ANG. Sí; eco fiel
soy de su justa querella;
vamos, papá, ven con ella,
conténtala.

FELIX. (Aparte y celoso.) (¡Piensa en él!)

ANG. ¿Has de estar siempre lo mismo?
Obedece á tu Angelina.

FELIX. (Ap.) (¡Piensa en el! ¡Así camina
el alma humana al abismo!
Sí; cuando se piensa así,
se piensa en más: más predice
la mujer siempre que dice:
«¿Qué creerá ese hombre de mí?»
Ese es el ¡ay! de dolor

que exhala el orgullo herido:
quien esto dice á un marido,
es que no le tiene amor.
La que en tal duda se fija,
no está de otro amor distante.
¡Y ella piensa en él, no obstante
de tener cerca á su hija!
(Exaltado con ira.)
¡Indigna profanación
que espanta á la inteligencia!
(Concentrado.)
Eso no es tener conciencia
ni tener ya corazón.)

ANG. ¿Por qué te pones así,
tan fosco y tan enfadado?
¡Ay!... pienso que al alojado
voy á querer más que á tí.

FELIX. ¿Más que á mí? (Con ira.)

ANG. Sí: te confieso
que es más amable y más fino;
siempre al ir en su camino
me detiene y me da un beso.
Y me dice: «eres muy bella,
bella como tu mamá.»

FELIX. (Aparte, con ira.)
(¡Pues claro: si lo dirá
para qne lo sepa ella!
Yo no debo consentir
que esto suceda.) (Alto.) Oye, niña.

ANG. ¡Jesús, qué cara de riña!
¿me vas también á reñir?...

FELIX. Si otra vez te ocurre eso;
si otra vez el alojado (Con celos.)
cuando pase por tu lado
se detiene á darte un beso,
le dices... (Se detiene.)

ANG. (Con atención.) ¿Qué he de decir?

FELIX. ¡Nada, nada!
(Aparte.) (¿Quién profana
una razón que mañana
ha de saber discernir?)
Vuélvete con tu mamá.

ANG. ¿Pero no vienes con ella?
FELIX. Luego iré: los labios sella.
ANG. Mira que te espero allá.
FELIX. Bueno.
ANG. ¿Irás?
FELIX. Digo que sí;
mas vete, que alguien se acerca.
ANG. Bien, ya sabes que soy terca:
si no vas, vuelvo por tí.

ESCENA III

DICHOS; DON PEDRO, saliendo de su cuarto.

PEDRO. ¿Se marcha usted, señorita?
ANG. Tengo que hacer.
PEDRO. ¡Hola, hola!
ANG. Como mamita está sola,
me marcho con mi mamita.
PEDRO. Y qué, ¿no podrás salir
á pasear hoy conmigo?
ANG. (Titubeando.)
Por mí... Papá, ¿qué le digo?
¿Voy con él?
FELIX. (Distraído.) Sí, puedes ir.
ANG. ¿Te quedas tú con mamá?
FELIX. Sí. (Se sienta y coge el libro, que hojea.)
ANG. (Aparte, saliendo alegre.)
(¡Me alegro, carambola!
Pues ella se queda sola,
irá á contentarla, irá.) (Sale corriendo.)

ESCENA IV

DON FÉLIX y DON PEDRO

Momento de pausa.

FELIX. (Con indiferencia.)
¡Pensé que estaba usted fuera!
PEDRO. (Lo mismo.) No: ya el sol es excesivo

para salir pronto.

FELIX. Cierto.
(Ap.) (¿Cómo sabré...?)

PEDRO. (Aparte.) (Ya adivino
lo que averiguar pretende;
mas no se atreve á decirlo.)
(Alto.) ¿Y Luisa?

FELIX. Descansando.

PEDRO. (Ap.) (Yo te punzaré en lo vivo.)
(Alto.) ¡Qué demonio de suceso!
¡Qué ataque más repentino!

FELIX. ¿Ha visto usted? (Levantándose.)

PEDRO. ¡Me dió un susto!

FELIX. Lo mismo que á mí.

PEDRO. Preciso.
¡Cosa más inesperada,
tan sin razón ni motivo!

FELIX. No, lo que es eso... (Mirándole fijamente.)

PEDRO. (Aparte.) (Ya pica.)

FELIX. (Afectando naturalidad.)
Yo no sé quién la había dicho
que el coronel Maldonado
es un tanto parecido
al otro esposo...

PEDRO. (Aparte.) (¡Ahí te duele!)

FELIX. Y al verle tan de improviso,
pudo acaso impresionarse
con su imagen. (Le mira atentamente.)

PEDRO. (Sonriendo.) ¡Desatino!

FELIX. ¿No se parece? (Vivamente.)

PEDRO. (Con aplomo.) ¡Ni chispa!

FELIX. ¡Ah! ¿no?

PEDRO. (Friamente.) ¿Sabré lo que digo?
Mi Juan era mejor mozo,
más bizarro, más fornido.
Sus ojos eran más negros
y sus cabellos más rizos.

FELIX. (Vivamente.)
¡Ah! ¿con que usted no ha encontrado
que se parezca á su hijo?

PEDRO. Ni á mil leguas. (Ap.) (¡Juan, perdona,
perdona este sacrificio!)

FELIX. (Con expansión.)
Vea usted, y yo pensaba,
al ver á usted casi lívido,
que la impresión...

PEDRO. ¡Tontería!
Yo esperaba, convencido,
que iba á ver á Juan; y al verle,
¡qué quieres! me quedé frio.

FELIX. Sí, se concibe. (Casi gozoso.)

PEDRO. (Con naturalidad.) A Luisa
quizá le pasó lo mismo.

FELIX. ¡Puede ser!...
(Aparte.) (¡Y yo, insensato,
la ofendo con mis delirios!...
¡Oh!... ¡sí, merezco su odio!
¡Si de su amor no soy digno!
Iré á verla.) (Con deleite.)

PEDRO. (Aparte, observándolo.) Me parece
que le he dado un lenitivo.

FELIX. (Aparte, satisfecho.)
(Claro, á parecerse al otro,
¿estuviera tan tranquilo
el general?)
(Alto, dándole la mano.) ¡Hasta luego!

PEDRO. ¡Adiós!

FELIX. ¡Adiós! (Cambiando por completo.)
(Saliendo.) ¡Ya respiro!

ESCENA V

DON PEDRO

(Viéndole marchar.)
¿De qué le sirven los ojos?
¡Ojos tiene, y nada ha visto!
¡No ha visto que el pobre viejo
tiene sobre sí el dominio
que le prestan la prudencia,
la ancianidad y el juicio!...
(Con desdén doloroso.)
Y él cree que sufre, ¡insensato! (Sollozando.)

¿Qué dolor iguala al mío?
¿No está mi Juan ahí abajo?
Juan, para mí sólo vivo,
¿no está ahí? (Con calor.) ¿No soy su padre?
¡Su padre soy, y él mi hijo!...
(Desanimándose.)
Y, sin embargo, al mirarle,
he ahogado en el alma el grito
de mi amor. Ni una palabra,
ni una sola frase he dicho
que denuncie mi alborozo,
que acuse mi regocijo.
(Dolorosamente.)
¡Y ahí está: me espera acaso,
y yo aún verle no he querido
por ahuyentar de esta casa
un funesto compromiso!
(Dominándose.) Eso es ser como la encina,
como la encina resisto.
Bien, alma mía, eres fuerte,
estoy contento contigo.

ESCENA VI

DON PEDRO y ROQUE

ROQUE. Mi general.
PEDRO. (Volviéndose.) ¿Eh?... ¿qué es eso?
¿Tú con pistolas al cinto?
ROQUE. Es un trofeo de guerra
y que he ganado ahora mismo.
PEDRO. ¿Dónde?
ROQUE. En casa de la Blasa,
mi prima. ¡Vaya un conflirto!
Lo propio que aquí. ¡La probe
se encuentra con dos maridos!
¡Qué casualidad!
PEDRO. (Vivamente.) ¡Silencio!
ROQUE. (Bajando la voz.)
¿Está cerca el enemigo?
PEDRO. En ese cuarto.
ROQUE. (En voz baja.) Pues basta,

ya estoy con esto alvertío.
He visto á Juan. (Con misterio.)

PEDRO. (Vivamente.) ¿Le has hablado?

ROQUE. Pues no que no, ¡Jesucristo!
¡Si le he dado más abrazos
y más besos!...

PEDRO. (Con impaciencia.) (¿Y qué ha dicho?
¿Qué ha dicho? ¿Cómo es que existe?
¿Por qué no ha vuelto á su nido?)

ROQUE. ¡Qué sé yo!... ¡me ha hablado tanto!...
¡Si traigo yo un laberinto
en la mollera! ¡Carape!
¡Lo que ha pasáo el probecillo!...
Ha estado en Francia y en Rusia,
y como allí se habla en gringo,
y han andado los correos
acá salto y allá brinco...
él explicará tó eso
cuando á usted le suelte el mirlo.
Mire usía, lo que él quiere,
lo que él quiere con ahinco,
es abrazar á vuescencia
y á la señorita.

PEDRO. (Con recelo.) ¡Chito!

ROQUE. (Con calor.)
No; pues, canario, eso es justo.
¿Se ha de largar de vacío
un hombre?

PEDRO. (Con severidad.) Silencio, Roque.

ROQUE. Callo. Mas le he prometido
dejarle el terreno franco,
y yo cumplo lo que digo.
Porque como dijo el otro:
cuando hay pesquis y sentío
y está enredá una madeja,
se busca al momento un jilo.
Y yo le he dicho: en guipando
que guipe que va conmigo,
de frente, marchen, y arriba.
¡Si esto es lo mesmo que un sitio!
En subiendo á la muralla,
es negocio concluído.

PEDRO. ¿Y tú pretendes sacarle
de su casa?
ROQUE. Cabalito.
PEDRO. ¡Oh! ¡imposible! mas él llega.
ROQUE. Pues verá usted si soy listo.

ESCENA VII

DICHOS y DON FÉLIX

ROQUE. Me alegro encontrar á usté.
FELIX. ¡Hola, Roque! ¿Pues qué pasa?
ROQUE. Ya sabe usté que la Blasa,
mi prima Blasa...
FELIX. Ya sé.
ROQUE. Teniendo á su Gil por muerto
en la de Vitoria...
FELIX. Sí.
ROQUE. Se volvió á enganchar aquí
con Lucas Romillo, el Tuerto.
FELIX. Ya sé que Gil ha venido.
ROQUE. Es la verdad, no murió.
Y ahora dice Blasa: ¿y yo,
qué hago con este marido?
Como sin menos ni más
Gil se metió por su casa,
el otro esposo de Blasa
está dado á Barrabás.
Y es justo, que el caso es
como del mesmo demonio,
pues del postrer matrimonio
hay dos muchachos ó tres.
FELIX. ¡Qué horror!
ROQUE. Gil, con mucho entalle,
torciéndose los mostachos,
dice que aquellos muchachos
deben plantarse en la calle.
Y el Tuerto, á más no poder,
echando los entresijos,
grita: «¿A la calle mis hijos?
¡A ver quién los echa, á ver!»

Y Blasa, puesta en un potro,
no sabe qué hacer de cierto,
que si marido es el Tuerto,
marido igual es el otro.
¿Quién desata este entremés?
¿Quién da este enredo por tierra?
Vamos, anda allí una guerra,
que es chica la del francés.
Ninguno quiere cejar
si no se lo lleva todo;
y esto de manera y modo
que se han querido matar.
Sacó el Tuerto un bisturí,
Gil tiró de una pistola,
y si no ha habido más cola
es porque yo estaba allí.
Pues terciando con provecho,
unas treguas he pactado,
hasta que dé un abogado
dictamen sobre el derecho.
Con que aquí vengo, por Dios,
á evitar un desavío,
¿Quién tiene, pues, señor mío,
más derecho de los dos?

FELIX. Gil. (Sombrío.)

ROQUE. ¿El muerto? (Sorprendido.)

FELIX. (Concentrado.) Sí, en verdad.

ROQUE. ¡Carape!... no lo concibo.
¿Con que anula el muerto al vivo?
¡Jesús, qué barbaridad! (Con calor.)
¿Con que cuadre ó no le cuadre
lleva el Tuerto lo peor?
¿Pues y los hijos, señor,
van á quedarse sin madre?

FELIX. La ley lo dispone aquí
caso claro y definido.
(Señala el libro que leía.)

ROQUE. Como la ley no ha parido
por eso resuelve así. (Vivamente.)

FELIX. Ley de la Iglesia. (Tristemente.)

ROQUE. (Respetuoso.) ¡Ah! Chitón;
si eso es de la Iglesia, callo;

será muy justo su fallo,
mas no entiendo la razón.
(Con calor.) Fallo que la dicha trunca,
será bueno, á no dudar;
mas sólo así pué faltar
quien no ha sido padre nunca.

PEDRO. ¡Roque!...

ROQUE. (Con calor.) Por vida del Cid,
que de ello no me desdigo;
pues lo digo y lo redigo
aquí y en Valladolid.
Porque, vamos, ¿qué va á hacer
el Tuerto cuando se vea
con toda su patulea
en la calle y sin mujer?
Y la mujer, ¿con qué aliño
verá su hogar desolado,
cuando arranquen de su lado
las prendas de su cariño?

FELIX. (A don Pedro.)
Aquí tiene usted la esencia
de mi anterior aforismo:
¡media á veces tal abismo
de la ley á la conciencia!

PEDRO. Sí, comprendo que es cruel
tal situación.

ROQUE. ¿Y no hay medio
de poner algún remedio
á esta Torre de Babel?

FELIX. Ninguno: debe salir
del lado de Blasa el Tuerto.

ROQUE. ¿Y carga con Blasa el muerto?
¡esto sí que hace reir!
¡Digo á usted que es un baruyo
en que Gil se va á meter!
¡Cargar con una mujer,
con tres... y ninguno suyo!

PEDRO. ¡Qué horror! (Sacudiendo su meditación.)

FELIX. (Estremeciéndose.)
¿No es verdad?
¡Qué horror!

ROQUE. Pa evitar más batahola,

aquí dejo esta pistola:
recójala usted, señor.
(La pone sobre el velador.)
Pues si voy, por Belcebú,
con ella otra vez al Tuerto,
le diré: «mata ese muerto
y luego mátate tú.»

PEDRO. ¡Roque!

ROQUE. Vamos, ¿no me explico?

PEDRO. ¡Silencio!... el remedio es tan....

ROQUE. (Aparte, mirándolo y adivinándolo.)
(¡Ah! ¡Ya sé! Gil como Juan.
¡Canastos! Soy un borrico.)
(Alto y como resignado.)
Pues señor, bien, satisfecho;
pero, la cosa es horrible.

FELIX. Sí. ¿Qué hacer? Es inflexible
como la muerte el derecho.

ROQUE. Lo que es en esta ocasión,
se ha lucido, hablando en plata.

FELIX. Así es el derecho: mata,
y mata sin compasión.

ROQUE. ¿Qué se ha de hacer, pues? Sufrir,
callar; pero yo quisiera
que usted conmigo viniera
la cuestión á decidir.
Porque como están los dos
como perros en acecho,
al saber que ese derecho
es casi una ley de Dios,
quizá su tenacidad
podrá el Tuerto deponer.
Con que venga usted á hacer
un acto de caridad. (Pausa.)

FELIX. ¿Tiene Blasa padre?

ROQUE. Sí.

FELIX. Pues bien, iremos por Blasa
para llevarla á su casa.

ROQUE. Bien pensado.

FELIX. Espera aquí.
(Entra en su habitación.)

ESCENA VIII

DON PEDRO y ROQUE

ROQUE. (En voz baja.)
¿Ve usted? Salí con mi plan.
PEDRO. No sabes lo que te debo.
ROQUE. Pa largo tiempo lo llevo;
¡ojo avizor, ojo á Juan!

ESCENA IX

DICHOS; DON FÉLIX, con traje de salir.

FELIX. Vamos, Roque.
ROQUE. ¡Qué sosiego
va usted á dar á esa gente!
FELIX. Guía pues.
ROQUE. Marchen de frente.
FELIX. Pues hasta luego. (A don Pedro.)
PEDRO. Hasta luego.

ESCENA X

DON PEDRO solo, pensativo.

Roque dice bien; es fuerte,
sobrado fuerte, la cosa.
¡Si juzgo que es más piadosa
que esa ley la misma muerte!
¡Y ahora subirá febril,
loco de amor y de afán!...
(Enterneciéndose de dolor y de espanto.)
¡Igual que Gil, pobre Juan!
¡Pobre Juan y pobre Gil!

ESCENA XI

DON PEDRO; LUISA, que sale con el recelo de hallar al coronel. Cuando ve que no está, se adelanta vivamente á don Pedro, que se ha quedado profundamente distraído.

LUISA. ¿Está usted solo, señor? (Con miedo.)
PEDRO. Solo.
LUISA. ¿Y Félix?
PEDRO. Ha salido.
LUISA. ¿Y el pobre Juan? (Con dolor.)
PEDRO. No ha subido,
pero va á subir; valor.
LUISA. ¿Cómo podré resistir (Llorando.)
su voz, su actitud, su gesto?
PEDRO. ¡Oh! Calla. (Viendo salir á Angelina.)

ESCENA XII

DICHOS y ANGELINA

ANG. Mamá, ¿qué es esto?
¿no me vienes á vestir?
LUISA. Sí, hija mía, voy allá.
(Limpiándose los ojos.)
ANG. ¡Está la tarde tan buena! (Alegremente.)
Y es tarde de enhorabuena,
porque está alegre papá.
PEDRO. ¿De veras?
ANG. Sí, hace un momento
que á ver á mamita entró,
y en la frente la besó,
callado, pero contento.
LUISA. ¡Oh! ¡niña! vente á vestir.
PEDRO. (Ap.) (Ya sé, le dí un lenitivo...)
LUISA. Vamos, anda.
ANG. (Tirando de su mamá.) ¡Vivo, vivo!
Adiós, no tardo en salir. (A don Pedro.)

ESCENA XIII

DON PEDRO, se queda mirando al cuarto de LUISA: aparece MALDONADO, y al ver á su padre, corre vivamente á él; don Pedro se vuelve y se arrojan mutuamente en los brazos sin exhalar un grito. Gran pausa.

PEDRO. Déjame, Juan, que te vea,
deja que me mire en tí.
MALD. ¡Padre!
PEDRO. Así, mírame así,
que el alma en tí se recrea.
El gozo mi voz coarta;
¡há tanto que no te he visto!
Comprendo ante Jesucristo
el mudo terror de Marta.
Hoy que de la tumba alzado
vuelves, Juan, á ser mi bien,
¿no eres para mí también
Lázaro el resucitado?
MALD. Sí, cual él puedo decir,
toda vez que estoy despierto,
¡era tan dichoso muerto!
¡vale tan poco el vivir!
¿Qué gano con despertar?
miro ansioso en torno mío,
y encuentro ante mí el vacío,
y extraño soy á mi hogar.
PEDRO. Ah, Juan... no tienes razón;
aunque el dolor te taladre,
¿no tienes en mí á tu padre?
¿no es tu hogar mi corazón?
¿No hay en él espacio abierto
para tus afectos de hombre?
MALD. ¿Vida sin amor ni nombre,
no es soledad y desierto?
Ante mí, ¿qué porvenir (Con amargura.)
me guarda ciego el destino?
¿Cuál es el fin del camino
que Dios me manda seguir?
Para vivir de esta suerte,

¿no me hubiera mejor sido
haber del todo caído
en los brazos de la muerte?
¿Por qué tuvo caridad
de mí el francés enemigo?
Padre mío, yo maldigo
su intempestiva piedad.
Por ella en nación extraña
cautivo dos años fuí;
más tarde á Rusia salí
forzado á hacer la campaña.
Tras sus rigores tiranos,
tras uno y otro revés,
logré, en odio del francés,
pasarme con los prusianos.
Con ellos lidié y vencí,
y entrando en París un día,
escribí á usted. ¡Ya podía
darle noticia de mí!...
¿Usted no la recibió? (Con intención.)

PEDRO. (Aparte, abismado.)
(¡Jesús! ¡Pregunta funesta!)

MALD. Pues oiga usted la respuesta
que sin firma obtuve yo.
(Saca una carta y lee.)
«En la Cruz del Olivar
»hay un epitafio: inerte
»acusa el día y la muerte
»de Juan Vivas de Aguilar.
»Su padre certificó
»de su muerte fiera y ruda:
»su desdichada viuda
»á nuevas nupcias pasó.
»Aunque la ley te cobija,
»piensa en lo que vas á hacer:
»tu esposa es de otro mujer
»y ésta tiene ya una hija.»

PEDRO. ¡Oh!... (Apretándose el corazón.)

MALD. Con espanto leí
nueva tal.

PEDRO. Sí, lo comprendo.

MALD. Yo, la letra conociendo,

de este modo respondí:—
—«Dios bendiga al que me advierte
»que no debo darme á luz;
»bien puesto está en ésa cruz
»la hora y día de mi muerte;
»tendré valor, ¿no soy hombre?
»Pese á mi dolor profundo,
»solo viviré en el mundo;
»desde hoy llevaré otro nombre.»
(Con intención.)
¡Ya ve usted que yo he cumplido
lo que entonces prometí!

PEDRO. ¡Juan!... Eres digno de mí.
(Abrazándole y llorando.)
Has hecho lo que has debido.
No es tuyo sólo el dolor
que te impuse y que me he impuesto.

MALD. Lo dí entonces por supuesto,
y hoy lo supongo, señor.
¿No le veo á usted llorar?

PEDRO. ¡Si vieras lo que he sufrido!...

MALD. Lo sé: ¡Dios ha permitido
que lo venga á presenciar!

PEDRO. Luchemos hasta vencer.

MALD. ¿Vencer? Temo mi caída.

PEDRO. (Con dolor.) ¡Juan!

MALD. ¡Es tan triste mi vida,
y amo tanto á mi mujer!
Ayer, del alba al rayar,
al campo á caballo fuí,
y sin saber cómo, dí
en la Cruz del Olivar.
Al pisar aquella alfombra
siempre esmaltada de flores;
al oir los ruiseñores
que cantaban á la sombra
de las acacias, sentí
turbada mi eterna calma,
y que brotaba en mi alma
algo superior á mí.
Un loco vuelto á su acuerdo
no siente igual sacudida;

todo allí hablaba á mi vida
el lenguaje del recuerdo.
El rústico desaliño
de aquella casa desierta;
el palomar de la huerta
que era mi encanto de niño;
el río serpenteador,
cinturón de la colina;
aquella sagrada encina
eterna como mi amor,
todo en marejada incierta
un nuevo sér me traía.
¡Sí, todo allí me decía,
pobre Lázaro, despierta!

PEDRO. ¡Ah! ¡desdichado!

MALD. (Con terror.) Hallé allí
á Roque, á mi viejo amigo,
llegóse á la Cruz conmigo,
y oró en silencio, y por mí.
Hoy otro nuevo incidente
me pide que alce mi losa:
el padre, el hijo, la esposa
se han hallado frente á frente.
Y ante este dolor sin nombre,
¿quién no se juzga vencido?
Harto he callado y sufrido,
hoy, padre, vuelvo á ser hombre.

PEDRO. Entiendo, ¿la quieres ver?

MALD. ¡Quiero verla! hablarla quiero.

PEDRO. ¿Y qué esperas, Juan?

MALD. ¿Qué espero?
su amor. ¿Pues no es mi mujer?

PEDRO. ¡Ay, Juan, que la prueba es fuerte!
¡Es madre!

MALD. Soy su marido.
Yo no comprendo el olvido,
que es la muerte de la muerte.

PEDRO. ¡Calla, su hija!

MALD. (Aparte.) (¡Ay, de mí!)

PEDRO. (Aparte.) (¡Sufro más que un condenado!)

ESCENA XIV

DICHOS; ANGELINA, de calle.

ANG. ¿Hola, señor alojado,
otra vez usted aquí?
¿Quiere usted ver á mamá?
MALD. Sí, niña.
ANG. Pues tome asiento,
voy á avisarla al momento
y en salir no tardará. (Vuelve á entrar.)

ESCENA XV

DON PEDRO y MALDONADO

PEDRO. ¡Juan! (Dándole la mano.)
MALD. (Suspirando.) ¡Padre mío!
PEDRO. Valor.
¡La prueba es ruda!
MALD. Soy fuerte:
conozco tanto á la muerte,
que no la tengo temor.

ESCENA XVI

DICHOS y ANGELINA

ANG. Al instante va á salir.
MALD. ¡Oh, gracias!
PEDRO. (Aparte, y con intención.)
(¡Juan, yo te ruego...!)
MALD. No tema usted.
ANG. ¡Hasta luego!
PEDRO. (Ap.) (¡Oh... no tardaré en venir!)
(Salen por el fondo.)

ESCENA XVII

MALDONADO

¡Ay! me late el corazón
con tan extraña violencia,
que ahora ni aun tengo conciencia
de mi horrible situación.
¡Vamos, corazón, más calma,
más calma en este momento!
¡Oh! ¡si parece que siento
que se me evapora el alma!

ESCENA XVIII

MALDONADO y LUISA

Al aparecer ésta, pálida y temblorosa, uno y otra se miran con pasión, y al ir á abrazarse se detienen á la vez, apoyándose cada cual en el respaldo de la silla que encuentran más á mano.

MALD. ¡Ah!...
LUISA. ¡Juan! (Larga pausa.)
MALD. (Con amargura.) ¿Me niegas tus brazos
tras tantos años sin verte?
¿Por qué razón? (Pausa.)
LUISA. (Sollozando.) ¡Ah! La muerte,
¿no rompe todos los lazos?
MALD. ¿Eso pregunta el dolor
que en esas lágrimas noto?
¡Ah! ¿Cuándo la muerte ha roto
los lazos que ató el amor?
LUISA. Huérfana, sola en el suelo,
muertas ya mis alegrías, ¿qué hacer?
MALD. ¡Qué hacer! ¿No sabías
que hay Dios, que hay alma, que hay cielo?
¿No sabes que en esa gloria,
que es la aspiración del alma,
da á la fe su santa palma
el ángel de la victoria?

¿Cómo esa palma has de hallar,
tú, que, dándome al olvido,
ni valor ni fe has tenido
para morir ó esperar?

LUISA. (Vivamente, mirando al cielo.)
¿Que yo te olvidé? ¡Señor,
dílo tú!

MALD. Sella ese labio:
no hagas al cielo otro agravio
queriendo probar tu amor.
¿Tu amor? ¡Si acabó tu duelo
antes de acabar la guerra!...
¿Qué mujer piensa en la tierra
cuando la preocupa el cielo?
Si hubieras pensado en mí
con dolor mudo y sentido;
¡ah! si me hubieras querido
como yo te quiero á tí,
¿no hubieras, en tu amargura,
perpetuamente buscado
la sombra del sér amado
del cielo inmenso en la altura?
¿No hubieras continuamente,
continuamente creído
ver la faz de tu marido
tras ese azul transparente?
¿No hubieras visto sus huellas
en el aire, en el vapor
de una nube, en el fulgor
de la luna, en las estrellas,
en la dulce claridad
del alba, en la luz del día,
ó en esa noche sombría,
puerta de la eternidad?
Pues si no pensaste así
en tu amor á toda hora,
¿qué mucho que estés ahora
avergonzada ante mí?

LUISA. (Desconsolada.)
¡Juan, avergonzada, no:
desesperada, sin calma!
¡Habías muerto!

MALD. ¿Muere el alma?
Si es eterna, ella soy yo.
LUISA. Pues bien; corre, ve á la ermita
que juntos nos vió una tarde:
en ella, ante un Cristo, arde
una lámpara bendita.
Si allí tu fe se prosterna,
algo quizás te dirá
la santa imagen, que está
mirando su llama eterna.
Allí de una peña brota
la cruz que adorna al altar.
Y, ¡ay, Juan!... de tanto llorar,
aquella peña está rota.
Tantas gotas he vertido
allí pensando en tu amor,.
que, á su peso abrumador,
la roca al fin se ha partido.
Al pie de esta santa cruz
hay un voto que esto pide:—
«¡Señor, cuando yo le olvide,
mátame al par de esta luz!»
¿Qué importa que en fiero alarde
me trate tu enojo altivo?
Dios me defiende, yo vivo,
y mi luz ante Dios arde.—
¿Qué más te debo decir?
MALD. ¡Oh!... ¿qué más debo de saber?
Luisa, tú eres mi mujer.
LUISA. ¡Juan, Juan! (Retrocediendo con terror.)
¿Qué intentas?
MALD. Vivir.
Sí, Luisa; aunque no cuadre
al mundo entero, en provecho
de mi amor y mi derecho,
te recobraré.
LUISA. (Con espanto.) ¡Soy madre!
MALD. Antes ha sido mi amor.
LUISA. ¡Soy madre! (Esforzando el sentimiento.)
MALD. (Yendo á ella, con calor.) ¡Soy tu marido!
LUISA. ¡Tú has muerto! (Retrocediendo.)
MALD. Si he revivido,

¿quién con derecho mejor?

LUISA (Con mucho calor.)
¡Mi hija del alma, su padre,
su padre, que en ella adora!

MALD. (Deteniéndose, con despecho.)
¿Eso dices tú, traidora?

LUISA. ¡Si soy esposa y soy madre!

MALD. ¡Y yo que llegué á creer
en su infinita pasión!
(Se cubre el rostro, llorando.)

LUISA. Juan... ¿no es también religión
la religión del deber?
(Un momento solemne de silencio. Maldonado, al cabo, levanta la frente y se despide en calma.)

MALD. ¡Adiós! (Mirándola vacilante.)

LUISA. ¿Para siempre?

MALD. ¡Sí!
¡Llevo el alma hecha pedazos!

LUISA. ¡Juan! (Dando un paso á él.)
Rotos ya nuestros lazos,
¡hasta el cielo!

MALD. (Dándole la mano en señal de despedida.)
¡Sí, hasta allí!

ESCENA XIX

DICHOS; DON FÉLIX, que sorprende el momento.

FELIX. ¡Oh!... ¡mi esposa! ¡el coronel!

MALD. (Ap.) (Luisa, deja que reclame...)

LUISA. ¡Oh! ¡nunca! (Rechazándole espantada.)
¡Felix!

FELIX. ¡Infame!
(Loco, apoderándose de la pistola que dejó Roque, apunta á Luisa.)
Antes á tí, luego á él.

LUISA. (Gritando.) ¡Socorro!

MALD. (Presentándose á don Félix, que apunta á Luisa.)
Aquí está mi pecho, tirad.

ESCENA XX

DICHOS; DON PEDRO y ROQUE

ROQUE. ¡Qué es esto, canijo!
(Corriendo á don Félix y sujetándole el brazo.)

LUISA. ¡Es mi Juan!

FELIX. (Alejado deja caer la pistola.)
¿Cómo?

PEDRO. (Interponiéndose.) ¡Es mi hijo!

FELIX. (Vacilante y extraviado.)
¡Dios! ¡Su marido! ¡El derecho!

ESCENA XXI

DICHOS y ANGELINA.

ANG. ¿Qué es esto? ¿Quién gritos da?

FELIX. ¡Hija, hija! (Gritando.)

ANG. (Corriendo á él.) ¡Ave María!
¿Qué pasa?

FELIX. ¡Pobre hija mía!
(Abrazándola y estrechándola á su pecho.)
¡tan niña y sin madre ya!

(A un lado don Félix: detrás Luisa temblorosa. Don Pedro defendiendo á Maldonado: Roque interpuesto con la pistola que ha recogido, y en primer término: don Félix abrazado á su hija y con la vista extraviada por el dolor. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, paseando pensativo.

Amarla, verla y callarse
no era posible; no hay fuerzas
que á prueba tal sometidas
no se rindan ni se venzan.
Amor, fuego comprimido
que dentro el alma fermentas,
¿quién te resiste? ¿Quién pone
freno al Vesubio ó al Etna?
Yo presentí cuanto pasa
al adquirir la evidencia
de su venida; ¡en mal hora
al ministro de la guerra
le ocurrió que el regimiento
este punto guarneciera!...
¿No le escribí yo esta historia
en confianza y reserva?
¿No es mi amigo? Pues entonces,
¿por qué calla y no contesta?
Ya el mal no tiene remedio:
Juan á su derecho apela;

Félix, que la ley conoce,
querrá acudir á la fuerza.
Y la fuerza es el delito,
el duelo, la muerte cierta
de uno de los dos; no caben
vivos los dos en la tierra.
¿Qué hacer? El infierno entero
siento hervir en mi cabeza:
diera... ¡qué sé yo!... la vida,
por encontrar una idea.

ESCENA II

DON PEDRO; ROQUE, con un pliego.

ROQUE. Ya estoy aquí.
PEDRO. Roque.
ROQUE. El mesmo.
PEDRO. ¿Qué es de Juan?
ROQUE. Abajo queda.
PEDRO. ¿Tranquilo?
ROQUE. Lo que es tranquilo
parece en la parecencia;
mas lo que es por allá dentro,
ni hay tranquilidad ni media.
No, señor; aquella cara
es una cara de cera,
color de rabia; los ojos
no son ojos, son centellas
que se vuelven y revuelven
á todos puntos y queman.
Sus labios murmuran solos
algunas frases, y tiemblan
como cuando sopla el frío
y el cuerpo pide candela.
Digo á usted que estas señales
no me gustan, pues demuestran
que, si no se han dado palos,
están los palos muy cerca.
PEDRO. ¿Y el otro?
ROQUE. ¡También el otro!
¡Tiene una cara de acelgas!

Dos ó tres veces le he visto
asomarse tras las rejas
que dan al patio, y sus *clisos*
relucen de tal manera,
que he dicho para mi sayo
como quien huele una gresca:
«aquí va á ver pronto fuego,
porque ese tizo ya humea.»
¡Lo mismo que Gil y el Tuerto
antes de firmar la tregua
que yo propuse! ¡Carape,
si usted viera qué dos jetas!
Pero al fin Gil ha cedido,
aunque la ley está *reuta*
en su favor; porque al cabo
la razón y la conciencia
tiene su aquel; yo le he dicho:
«¿tú que vas á hacer, trompeta?
Blasa tiene tres muchachos;
¿vas á separarlos de ella?
¿Qué vas á ganar con eso?
¿Lograrás que no los quiera?
¡Imposible! Pues y al otro,
¿podrá olvidarlo? ¡Pamema!
¡Siendo el padre de esos chicos,
lo querrá más que á las telas
de su corazón!»—Y, vamos,
con razones como estas,
he puesto á Gil, que está abajo,
más blando ya que una breva,
resuelto á engancharse al punto
en el banderín de América.

PEDRO. ¿De América? (Asaltado de una idea.)

ROQUE. Pues es claro;
por allá dicen que hay guerra...
Y, á propósito: este pliego (Lo saca.)
me ha dado para vuecencia
el adecán del gobierno
melitar, don Juan la Cerda.

PEDRO. ¿A ver? (Reconociéndolo.)
¡Pliego del ministro!
¡Gracias á Dios que hay respuesta!

ROQUE. A ver, ¿qué dice?
PEDRO. No, Roque;
bájate al patio y observa:
si Juan sube...
ROQUE. ¿Aviso al punto?
PEDRO. Eso es.
ROQUE. (Saludando.) Pues media vuelta. (Sale.)

ESCENA III

DON PEDRO, abre el pliego que comprende varias órdenes, y lee.

«Tarde á mi mano ha llegado
tu triste carta, y lo siento
que no fuera el regimiento
á ese punto destacado.
Mas de él y de Maldonado
á tu antojo dispondrás;
de esas órdenes harás
el uso que más te cuadre:
eres general y padre;
resuelve, avisa, y no más.»
(Después examina las órdenes.)
Tiene el ministro razón:
si á esto no cede, ¿á qué cede?
Solamente así, se puede
hallar una solución. (Lo recoge.)

ESCENA IV

DON PEDRO; LUISA, que se arroja en sus brazos.

LUISA. ¡Padre!
PEDRO. (Consolándola.) Vamos, ¿por qué así?
¿Por qué mostrarse abatida?
LUISA. ¡Padre, me pesa la vida!
¿Qué es la vida para mí?
¿A quién pediré yo ayuda
contra el mal que me cobija?
¡Soy madre, y estoy sin hija;
esposa, y estoy viuda!
Por un mar fiero de enojos

van mis afectos perdidos:
¿á cuál de mis dos maridos
podré levantar mis ojos?
¿Quién será el que no me arguya
con la voz ronca y airada,
que es infame la mirada
que los dos no juzguen suya?
¿Cómo es posible, ¡ay de mí!
que algo resuelva mi pecho,
si ambos con igual derecho
me están llamando hacia sí?
¿Qué hará una pobre mujer,
ya desde hoy condenada
á vivir avergonzada
ante el amor y el deber?
¿Hay estado más violento,
debiendo á los dos amor?
¿Qué hacer? ¡Ay, señor, señor,
lléveme usted á un convento!

PEDRO. ¿Quién podrá con acritud
hoy reprocharte en tus duelos?

LUISA. ¡Padre, los celos son celos,
y no entienden de virtud!
¡Ante ese afecto cruel
que al mismo Dios movió guerra,
nada hay risueño en la tierra,
todo es negro, todo es hiel!
¡Todo se resuelve en ira
ante esa pasión menguada:
traidora es toda mirada
en la mujer cuando mira!
¡Todo es infamia y agravio
en cuanto agrada ó engríe;
torpe es la boca que ríe,
torpe el suspiro del sabio,
torpe y liviana la acción
más inocente y honrosa;
si se reza, es sospechosa
hasta la misma oración!
¡Siempre suspicaz y alerta
esa pasión maldecida,
sueña en traiciones dormida,

piensa en traiciones despierta!
¡Y tanto llega á oprimir
á la mujer en su hogar,
que ésta, ni acierta á llorar,
ni acierta nunca á reir!
¡Este, señor, en conciencia,
es el porvenir estrecho
en que el deber ó el derecho
vendrá á encerrar mi existencia!
¡Y ante tal idealidad,
que es realidad de tormento,
padre, prefiero el convento,
que es muerte y eternidad!

PEDRO. Aún resta mucho que hacer
sin llegar á esos extremos,
que todos aquí tenemos
que cumplir algún deber.
Entre dos polos estás
de igual atracción: ¿quién sabe
dónde encallará la nave
en que combatida vas?
Juan, es derecho y amor;
Félix, amor y conciencia:
mas hay cielo, hay Providencia,
que al cabo hará lo mejor.
Poder neutral soy aquí
que te protege: ten brío.

LUISA. (Mirando fuera, y amparándose de don Pedro.)
¡Ah! Félix llega. ¡Dios mío!

PEDRO. (Con energía.) ¡Yo temas, confía en mí!

ESCENA V

DICHOS; DON FÉLIX, que llega abstraído, y deteniéndose en cada objeto, hasta que repara en Luisa.

FELIX. ¿Qué soy ante su derecho?
¿Qué soy en derecho?... ¡Nadie,
nadie!—«De los dos maridos,
el primero es el que vale.—
¡Esa ley es mi verdugo;
me mata, soy un cadáver,

un cadáver que presencia
con horror sus funerales!...
(Reparando todos los objetos que le rodean.)
¡Cuántos recuerdos, Dios mío!
¡su sitial, su espejo, el clave
con que templaba de noche
mis escondidos pesares!
Todo acabó: salir debo
de esta casa. ¿Qué es del ave
que al ver desecho su nido
va llorando por los aires?
(Se cubre el rostro llorando: Luisa exhala un suspiro.)
¿Eh?... ¿Quién solloza á mi lado?
(Viéndola y gritando con alegría.)
¿Mi Luisa? (Conteniéndose.) ¡Dios me ampare!
(Con despecho.) ¡Mi Luisa! Mal he dicho.
Ya no debo así llamarte.
¿No es verdad?

PEDRO. (Con dignidad.) ¡Félix!

FELIX. (Dominándose.) ¡Ah! ¡Es cierto!
no tema usted que traspase
la ley de las conveniencias
y los respetos sociales.
Conozco bien el derecho,
derecho que vierte sangre,
que rompe sagrados lazos,
que abre una sima de males.

LUISA. (Suplicando enérgicamente.)
¡Félix!... ¡Félix!...

FELIX. (Interrumpiendo.) No prosigas.
Sé lo que vas á rogarme.
¿Dejarte esa niña? Nunca:
esa niña sólo cabe
en el sagrado recinto
en que respire su padre.

LUISA. (Con dolorosa fiereza.)
¿Y no tengo yo derecho
á la posesión de un ángel,
sér que es hueso de mis huesos
y que es carne de mi carne?

FELIX. No: la ley en este caso
es justa.

LUISA. ¿Justa? ¡Implacable! (Fuerza.)
Pregunta á las madres todas,
y ellas te dirán; ¡que hablen!
¡Justa la ley que nos quita
la luz, el calor, el aire,
la vida, más que la vida,
pues no hay tesoro que iguale
al sér que de amor nutrido
de nuestras entrañas nace!
¡Oh! no es posible que exista
una ley que así consagre
la violación más inícua
y el despojo más infame.

FELIX. (Estallando de dolor.)
Pues si esa ley no existiera,
¿lamentára yo el desastre
que así á abandonar me obliga
para siempre mis hogares?
(Se cubre el rostro y solloza: momento de pausa.)

LUISA. (A don Pedro, procurando reprimirse.)
Señor, cuando un padre llora,
su dolor debe ser grande. (Exaltándose.)
¿No es verdad? Pues bien, el mío
es más profundo, más acre,
más desgarrador, más duro;
¿qué más? Nada más; soy madre,
tengo una hija, la adoro.
¿Qué ley habrá que la arranque
de mi lado? (Con pasión.)

FELIX. (Llorando.) ¡Oh! mi Luisa...

LUISA. (Conteniéndole.) ¡Silencio! También es padre
y sufre! ¿Qué sufrimiento (Por don Pedro.)
no merece respetarse?

PEDRO. ¡Eres una santa! (Estrechándola.)

LUISA. ¡Cielos! (Viendo á Maldonado.)

PEDRO. ¡Mi Juan!...

FELIX. (Aparte viéndole.) (Tendré que matarle.
¡En mal hora se despiertan
mis celos y mi coraje!)

ESCENA VI

DICHOS y MALDONADO

MALD. (Ap.) (¡Reunidos! ¡Lo presumía!
¿Quién remueve hasta en su base
al corazón? ¿por qué á veces
sin causa más vivo late?)
LUISA. (Ap.) (¡Dios mío, préstame fuerzas!)
PEDRO. Ahora comienza el combate.
MALD. (A don Félix.) Caballero, hablar debemos
del suceso de esta tarde,
¿no es verdad?
FELIX. (Impasible.) Como usted guste;
estoy dispuesto á escucharle.
MALD. Pues bien; si mal no recuerdo,
y mi memoria no es frágil,
hace más de doce años
que de Dios en los altares,
me dió su mano de esposa
la dama que está delante.
¿No es exacto? (A Luisa.)
LUISA. (Trémula.) No lo niego.
PEDRO. Ni puede negarlo nadie.
MALD. A poco de este suceso
levantó España estandartes
contra el francés.
FELIX. Sé la historia.
MALD. Si usted la conoce, baste,
que no quiero fatigarlo
con inútiles detalles.
Un día me dió por muerto
mi legión.
FELIX. Conozco el lance.
MALD. Cerca de aquí testimonio
da una cruz de tal desastre,
y al pie de mi propio nombre
dice un letrero: «Aquí yace.»
FELIX. También lo sé.
MALD. Mas la guerra,
que tiene raros azares,

arrastró mi pobre vida
por otros pueblos distantes.
Al cabo de algunos años
de fatigas y pesares,
quise tornarme á mi patria,
á mi santo hogar, mas alguien
que de mi existencia supo, (Mira á don Pedro.)
antes de que regresase,
me dijo: «Tu cruz acepta,
acepta la cruz de mártir:
la mujer que tanto amabas,
es esposa de otro, y madre.»

LUISA. (Ap.) (¡Jesús!)

MALD. Há más de diez años
que voy por el mundo errante,
huyendo constantemente
de mis recuerdos fatales;
pero en vano, porque el alma
tiene el recuerdo por cárcel.
¿A qué contar mis dolores
obscuros é interminables?
Lo que yo he sufrido solo,
no importa al mundo ni á nadie.
Al cabo Dios me ha devuelto
á mi hogar; con fiero alarde
acepté esta ruda prueba
creyendo salir triunfante;
pero el organismo humano
es tan pobre y deleznable,
que han dado mis impresiones
con mi voluntad al traste.
Aquí se meció mi cuna (Conmovido.)
al son de dulces cantares;
aquí he jugado y crecido
cual crece una flor del valle:
aquí amé, la que amo vive,
¿quién resiste afectos tales?
Caballero, estoy vencido,
¿debo hablar más?

FELIX. (Trémulo suspirando.) Es bastante.

MALD. Usted conoce el derecho...

FELIX. Sí, señor; doctor en cánones,

juzgo importuno y estéril
cansar á los tribunales.

MALD. Es verdad; en este asunto
no hacen al caso esos trámites.

FELIX. Mas antes de resolverlo,
¿me permite usted que hable?

MALD. Hable usted.

FELIX. Seré muy breve,
que no pretendo cansarle.
Há poco más de diez años,
si mi memoria no es frágil,
que teniendo á usted por muerto
todo el mundo, en los altares
me dió la mano de esposa
la dama que está delante.
¿No es exacto? (A Luisa.)

LUISA. (Trémula y desfallecida.) No lo niego.

PEDRO. Ni puede negarlo nadie.

MALD. Prosiga usted. (Suspirando.)

FELIX. Viuda, joven,
pobre y de honor intachable,
la hice mía; Dios sin duda
bendecir debió este enlace,
pues que en señal de su agrado
puso entre los dos un ángel.

MALD. Por respetos á esa vida
hice lo que el cielo sabe.

FELIX. Lo comprendo y lo agradezco.
¿Puedo hacer más?

MALD. (Suspirando.) Adelante.

FELIX. Coronel, tengo una hija
que en contra de esa ley sale.
Diez años cuidando de ella
jamás transcurren en balde,
tengo á la ley gran respeto,
tengo valor y carácter;
pero el organismo humano
es tan pobre y deleznable,
que siento que mi entereza
como el humo se deshace.
(Conmovido.) Aquí se meció su cuna
al compás de mis cantares;

aquí ha jugado y crecido
cual crece una flor del valle;
yo vivo, su madre vive:
¿quién resiste afectos tales?
Caballero, no prosigo:
¿debo hablar más?

MALD. (Trémulo y grave.) Es bastante.

FELIX. ¡Qué hacer!... (Momento de pausa.)

MALD. Que decida ella.

LUISA. ¿Quién, yo? (Espantada.)

MALD. Elige al que más ames.

LUISA. ¡Yo!

FELIX. Resuelve. (Con calor.) ¿Qué vacilas?...

LUISA. ¿Que elija yo? (Exaltada.)

PEDRO. (Aparte.) (¡Horrible trance!)

FELIX. (Aparte, mirando su vacilación.)
(¡No me quiere!)

MALD. (Idem.) (¡No me ama!)

LUISA. (Rompiendo en sollozos.)
¿Que yo decida?... ¡Ah, matadme!
¿No veis que estoy combatida
por dos deberes iguales? (Pausa.)

FELIX. Ya lo oye usted, caballero.

MALD. ¡Oh, caballero! no es fácil
que esta cuestión se resuelva
sino en derecho.

FELIX. (Sombrío y enérgico.) O en sangre.

MALD. (Dándole la mano, que don Félix estrecha.)
Dice usted bien.

PEDRO. (Interponiéndose con autoridad.) ¡Insensatos!

LUISA. (Casi loca.) ¡Señor... van á exterminarse!
¡Matadme á mí! ¿Qué es mi vida?
Mi pobre vida, ¿qué vale? (Momento de pausa.)

PEDRO. ¡Vete á tu estancia! (A Luisa.) Don Félix,
quiero con mi Juan quedarme
á solas. (Luisa y don Félix obedecen.)

MALD. ¡Padre! (Con asombro fiero.)

PEDRO. (Con energía.) ¡Silencio!
¿No hay tiempo para matarse?

(Luisa y don Félix se dirigen lentamente, y sin mirarse, á las respectivas habitaciones. Maldonado sigue á Luisa con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA VII

DON PEDRO y MALDONADO

PEDRO. Juan, pues que á solas nos vemos
y hablar debemos los dos,
vamos á ver si podemos
orillar estos extremos
con el auxilio de Dios.
MALD. Hable usted.
PEDRO. Diez años há
que, llorando, te escribí
que no volvieras acá;
que entonces, Juan, presentí
lo que ocurriéndote está.
Dada tu desdicha impía,
y á cuentas conmigo mismo,
ví con razón clara y fría
que, entre tú y Luisa, ponía
el cielo un inmenso abismo.
El abismo del dolor
en que sumido te ves
y que me espanta de horror.
¡Tu amor! ¿Qué vale tu amor
ante el materno interés?
Ese amor es santidad,
que tiene en su dulce aliño
mucho de divinidad;
ante ese casto cariño,
cualquier otro es liviandad.
MALD. ¡Padre!... (Herido en su dignidad.)
PEDRO. Yo sé que en tu pecho
nunca ha tenido influencia
la torpeza ni el despecho;
mas mide bien tu derecho
á la luz de tu conciencia.
Mídelo, Juan, y verás
que es tan pobre y baladí
ante ese otro amor, que es más,
que, á serte posible, huirás
avergonzado de tí.

MALD. No, padre, no; no recata
mi afán un menguado anhelo,
de algo más santo se trata.
Lazos que la Iglesia ata,
sólo los desata el cielo.
PEDRO. Ante esa interpretación,
mudo te grita el deber,
que él es también religión:
completa tu abnegación
respetando á tu mujer.
MALD. ¡Cómo! (Sorprendido.)
PEDRO. Escúchame un momento,
si es que en tu pecho se encierra
noble y levantado aliento:
tras del húmedo elemento,
nos mueve América guerra.
Rica región escondida
entre las algas del mar,
que, por Colón presentida,
tomó vida en nuestra vida
cuando la llegó á encontrar:
hoy de nuestro sér reniega,
y nos insulta y ofende,
y al oro extraño se entrega:
hija de España, está ciega
y á su misma madre vende,
sobre sù dorada cuna
el genio de la fortuna
vertió gloria tras de gloria;
y hoy, con infamia notoria,
las va rasgando una á una.
¿Qué juzgará, con razón,
la Europa entera, al saber
que España, en esta ocasión,
no ha sabido defender
el legado de Colón?
Pues bien, Juan: franco camino
abrirá el mar ante tí
para ultimar tu destino;
ya que es aciago tu sino,
ve á morir con gloria allí.
Arrostra tu hado contrario

con resignación entera:
¿quién no tiene su calvario?
¡Feliz, si te dan sudario
los pliegues de tu bandera!

Mald. (Con dolorosa sorpresa.)
¡No sabe usted, por mi vida,
lo que me asombra y apena
la idea de otra partida! (Con amargura.)
Usted mi ventura olvida
por cuidarse de la ajena.
¿Cómo da usted al olvido
que concentrado y sumido
en perpetuo abatimiento,
diez años solo he vivido
devorando un pensamiento?
¿Cómo ha podido olvidar
que he soñado sin cesar,
loco, ansioso y delirante,
con el dulcísimo instante
que me volviera á mi hogar?
¡Y hoy que mi hogar vuelvo á ver,
hoy que tomo nuevo sér
en esta esfera de amor,
me propone usted, señor,
que torne al dolor de ayer!
¡volver de nuevo á sufrir!
¡volver de nuevo á vagar
ignorando á dónde ir!...
¿Qué vale resucitar
si al fin se vuelve á morir?

Pedro. Juan, cuando te impuse un día
del mártir la santa palma,
sangre tu padre vertía,
que al par de tí se imponía
la noche eterna en el alma.
Fiero el tiempo en su carrera,
todo lo borra ó lo altera,
todo lo mata ó lo olvida;
yo quise que aquí tu vida
en los recuerdos viviera.
Si aquí entonces me quedé
y á tu lado no acudí,

es porque en Dios esperé
algo que alentó mi fe
pensando en Luisa y en tí.
Mas ya que el hado enemigo
te ha traído á ser testigo
del deber á que te inmolo,
te digo: «Juan, no irás solo,
que irá tu padre contigo.»

MALD. ¡Ah! si ella viene, señor,
iré á esa guerra el primero.

PEDRO. ¿Eso responde tu honor?
¿Qué es primero á un caballero,
es la patria, ó el amor?

MALD. La patria.

PEDRO. (Con gozo.) ¿Y vendrás?

MALD. (Después de un momento.) Sí tal.
¿Y ella?

PEDRO. (Con aplomo.) No.

MALD. (Con frialdad severa.) Como á usted cuadre.
¡Tampoco yo, y es igual!

PEDRO. (Con gravedad.)
Basta; aquí concluye el padre,
y ahora empieza el general.
(Yendo al fondo y llamando.)
Roque...

MALD. (Aparte.) (Su actitud me humilla.)

PEDRO. (Id.) (¡Cuánto siento su mancilla!)

ESCENA VIII

DICHOS y ROQUE

ROQUE. Presente Roque.

PEDRO. Al momento
dí á un clarín del regimiento
que dé un toque á bota-silla.

MALD. (Sorprendido.)
¿Sin mi mandato? Eso no;
padre, por honrado y fiel,
el rey su mando me dió.

PEDRO. Cuanto aquí dispongo yo

lo manda el rey, coronel.
MALD. La prueba. (Vivamente.)
PEDRO. (A Roque.) No temas nada,
y obedece como sueles. (Sale Roque.)
(A Maldonado.) Y en tanto busco mi espada,
eche usted una mirada
por todos esos papeles.
(Saca las órdenes anteriores y la carta del ministro, las arroja sobre el velador y se retira con dignidad.)

ESCENA IX

MALDONADO, haciéndose cargo de los papeles.

Por si cedo en la disputa
que amor mueve á mi existencia,
le envía aquí una licencia
que anticipa mi absoluta.
Pero añade: (Lee.) «Si tributa
»algún respeto al deber,
»y entre Juan y su mujer
»se tiende al mar, cual deseo,
»que vaya á Montevideo
»ó á Lima de brigadier.
»América ha dado un grito
»que ha irritado á esta nación;
»de rubor llora Colón
»en su tumba de granito.
»¡Buenos Aires, Lima, Quito,
»Venezuela y el Perú,
»todos, voto á Belcebú,
»contra España se han alzado!
»Pedro, vuelve á ser soldado,
»ve á salvar aquello tú.»
(Suena el toque á bota-sillas. Maldonado vacila y deja los papeles sobre la mesa.)
Sí, lo comprendo, adivino
que es justa y santa la guerra:
la ingratitud de esa tierra
nos abre un nuevo camino.
¡Mas sin ella!... (Resuelto.) ¡No es mi sino

ir á esa guerra! no iré;
ya serví á España con fe
en otra empresa de gloria:
restauren otros la historia
de un pueblo que nuestro fué.

ESCENA X

MALDONADO y ANGELINA

ANG. (Llorando.) Señor coronel...
MALD. (Con cariño.) ¿Tú aquí?
¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?
ANG. Algo sucede en mi casa
que á llorar me obliga así.
Pregunto, quiero saber
dónde mi mamá se esconde,
y sólo papá responde:
«Hija, no la quieras ver.»
(Maldonado se queda pensativo.)
¿Ha muerto?
MALD. (Estremecido.) No, no por cierto;
¡morir!... ¡No lo quiera Dios!
ANG. Señor, aquí entre los dos,
dígame usted si se ha muerto.
¡Si yo sabré resistir
esa noticia muy bien!
¿No ve usted que yo también
quiero si ha muerto morir?
MALD. ¡Oh! no; cesa en tu querella;
¡morir tú!... (Espantado.)
ANG. Sí, sí señor;
¿en dónde estaré mejor
sino en el cielo con ella?
MALD. ¿La amas mucho?
ANG. Ya lo creo;
¡amarla!... ¡mamá querida!
¡Pues si me falta la vida
desde que aquí no la veo!
Papá me quiere apartar,
según dice, de su lado,
y yo pienso ¡Dios sagrado!

que eso es quererme matar.
Haga usted algo por mí,
si es que puede; tengo miedo
de perderla.

MALD. (Con amargura.) ¡Si es que puedo!
Todo lo puedo por tí. (Con decisión.)
¿Quieres ver á tu mamá?

ANG. ¡Ay, sí, señor; es tan bella!...

MALD. Pues bien, niña, ve con ella,
que en ese aposento está.
Díla de mi parte...

ANG. (Con alegría.) ¡Ah, sí!...

MALD. No, nada, ve. (Dominándose.)

ANG. Voy corriendo.
(Sale presurosa.)

MALD. (Mirando al cielo.)
¡Dios mío, me estoy muriendo!
¿No soy ya digno de tí?

ESCENA XI

DICHOS y ROQUE

ROQUE. Todo listo al primer toque.

MALD. Pues avisa al general.

ROQUE. ¿Se larga solo? (Sorprendido.)

MALD. No tal.

ROQUE. Cómo, ¿usted también?

MALD. Sí, Roque.

ROQUE. (Sombrío.)
Entiendo: usted, como Gil,
también enrolla el petate.

MALD. Sí; pide á Dios que me mate
pronto el tiro de un fusil.

ROQUE. (Desesperado.)
¡Antes el diablo reviente!
(Enternecido.)
¡Si yo no fuera tan viejo!
¡Si fuera un Gil!—Le aconsejo
que lo lleve de asistente.
Cumplirá con su deber,

porque tiene buena masa;
y como hablará de Blasa,
usted... vamos... ¿qué ha de hacer?
¿No se deja usted aquí
alguien de quien debe hablar?
En fin, más vale callar,
¿no es verdad, Juanito?

MALD. (Limpiándose los ojos.) ¡Oh, sí!
Haz que saquen al portal
mi caballo de batalla.

ROQUE. (Llorando.)
¡Venga un abrazo!

MALD. (Enternecido.) ¡Bien: calla,
que aquí sale el general!

ROQUE. ¿Caracas y Guayaquil?...
¡Buena tierra de combate!
¡Qué tazas de chocolate
se va á trincar el buen Gil!

ESCENA XII

MALDONADO; DON PEDRO, en traje de campaña.

MALD. (Con actitud militar.)
Cuando disponga vuecencia.

PEDRO. (Con sorpresa.)
¿Qué es eso? ¿Usted ya prescinde...?

MALD. General... ¿quién no se rinde
cuando llora la inocencia?

PEDRO. (Abrazándole.)
¡Esto es lidiar y vencer!

MALD. (Resignado.)
¡Esto es amar y morir!

PEDRO. (Pausa.) ¿No te quieres despedir?

MALD. (Enjugándose los ojos.)
¡No debo volverla á ver!

ROQUE. Yo cumpliré por los dos:
pronto te saldré al camino.
A Cádiz.

MALD. (Afectando serenidad.) ¡Nací en mal sino!
(Abarcándolo todo con una mirada.)
¡Casa de mi madre... adiós! (Sale.)

ESCENA XIII

DON PEDRO

(Con amargura.)
¡Mártir... remonta tu vuelo
al alcázar de tu gloria!
¿Quién premiara esta victoria
si no hubiera Dios y cielo?
(Un momento de pausa.)

ESCENA XIV

DON PEDRO y ROQUE

ROQUE. ¡Mi general! (Enternecido.)
PEDRO. ¿Ya partió?
ROQUE. Partió: deme usted su mano. (Se la besa.)
¡Si yo no fuese ya anciano!...
(Limpiándose los ojos.)
¿Pero de qué sirvo yo?
PEDRO. ¿No sabes, Roque escribir?
ROQUE. ¿Escribir? ¡Pues ya lo creo!
PEDRO. Pues bien: en cada correo...
puedes...
PEDRO. (Vivamente.) No hay más que decir.
Ustedes sabrán allá
todo lo que pasa en casa:
cuando escriba á Gil, de Blasa,
Juan de su esposa sabrá.
PEDRO. (Apretándole la mano.)
¡Basta, y á los dos avisa:
hazme el último servicio! (Sale Roque.)
¡Dios quiera que el sacrificio
redunde en bien de Luisa!
(Suenan los clarines á lo lejos tocando marcha, y don Pedro se asoma al balcón con el sombrero en la mano y en actitud de partir.)

ESCENA XV

DON PEDRO, LUISA, DON FÉLIX, ANGELINA y ROQUE

LUISA. ¡Padre!
FELIX. (Sorprendido.) ¿Va usted á partir?
PEDRO. Lo exige la Providencia.
FELIX. ¡Señor!
PEDRO. Juan tiene conciencia,
¿qué más os debo decir?
FELIX. ¿Parte? (Vivamente.)
PEDRO. (Suspirando.) ¡Félix, partió ya!
LUISA. (¡Jesús!) (Aparte, trémula.)
FELIX. (Aparte.) (¡Pobre coronel!)
LUISA. Y usted también...
PEDRO. (Conmovido.) Voy con él.
Rogad por nosotros. (Los abraza y sale.)
LUISA. (Rompiendo en sollozos.) ¡Ah!

ESCENA XVI

DICHOS menos DON PEDRO

ROQUE. (Limpiándose los ojos.)
¡Por vida de Belcebú!...
¡Se van... mi padre y mi amigo!
Angelina, ven conmigo,
ven á despedirle tú.
(Salen los dos corriendo. Suenan de nuevo los clarines.)

ESCENA XVII

DON FÉLIX; LUISA, que se violenta para no llorar.

FELIX. (Mirándola.)
No comprimas el pesar
que te abruma y te devora.
LUISA. ¡Desdichado! (Gritando.)

FELIX. ¡Llora, llora!
LUISA. ¡Félix! (Abrazándole desconsoloda.)
FELIX. (Con calor.) ¡Sí, debes llorar!
¡Respira, ensancha ese pecho:
ya mi amor no te lo impide!
LUISA. (Acercándose al balcón vivamente.)
¡Dios salve al que así decide
ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO!

(Luisa se arrodilla llorando; don Félix mira tristemente la marcha del regimiento. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.